



Gonzalo Romero A. G.

**PEQUEÑA HISTORIA
DE
JUAN DE GARAY
Y SU TIEMPO**

Edición electrónica 2009

© Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

INDICE

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
Notas
Índice General

A mi hijo Diego

NOTA PRELIMINAR

Me interesó la figura de Juan de Garay por representar a un fundador que, con todas las características de los capitanes conquistadores, realizó la faena de su vida marchando siempre hacia el Sur. Fué uno de aquellos que terminó por trabar la obra de otros osados. Su perfil más notable consiste en haber sido formado en América, especialmente en Charcas. Es, en rigor, un criollo, y, por eso, el primero de ellos en asumir un rol organizador y poblacional.

Este breve trabajo muestra, además, en ceñido análisis y relación, las circunstancias del tiempo. Hechos, personajes y ámbito histórico y geográfico en el que transcurre la vida de Garay. No se explicaría su personalidad, alguno de cuyos rasgos anotamos, si no estuviera situado en su época y en medio de acontecimientos e intrépidos actores entre los que estuvo inmerso.

El Autor.

Con el objeto de que se pongan en ejecución las Leyes Nuevas, dictadas en Barcelona el año 1542, el rey Carlos I de España y V de Alemania, dispuso, en acuerdo con el Consejo de Indias, enviar a México y al Perú autoridades con plenos poderes. A México se destinó al visitador Francisco Tello de Sandoval y al Perú, como primer virrey, a Blasco Núñez de Vela.

Nos interesa el segundo porque en torno a su quehacer está ligada, en su primera parte, la vida de Juan de Garay.

En la comitiva que llevaba el virrey al Perú se encontraban cuatro oidores de la Real Audiencia de Lima, Pedro Ortíz de Zárate, Diego de Cepeda, Juan Álvarez y Lisón Tejada. Además viajaba el contador Agustín de Zárate, conocido cronista. Embarcaron con sus familiares, aparte de otras personalidades que los acompañaban como pasajeros y detentaban algunos nombramientos para ejercer cargos en la administración inferior. ⁽¹⁾

Juan de Garay seguía a Don Pedro Ortíz de Zárate, pariente pobre y huérfano que recogió el licenciado para tenerlo en su casa y educarlo. Era un criado, es decir, vivía en el hogar de una persona principal para adquirir maneras y depender. El vocablo en la tardía Edad Media, no tenía las connotaciones actuales de servidumbre y estamento disminuido. El criado era noble, como cualquier hidalgo por linaje, y enviado a casas de mayor rango o más ricas, para estar en ellas; sin perder su condición servía a la cabeza de abolengo o bien a hombre principal. A tiempo que era tenido como pariente o tutelado, con respetos a su casta, se lo destinaba a oficios y mandados, que su edad le permitía realizar, sin riesgo de ofensa. En el medievo los nobles de grado menor solían enviar a sus hijos a los castillos de mayor encumbramiento como un honor. Aún en las casas reales solían criarse nobles de distinguida alcurnia. Se trababa así una relación imperecedera, de fidelidad mutua, que estrechaba vínculos estamentales.

El caso de Garay fue uno de esos. Recogido, más bien que enviado, por su orfandad, Ortíz de Zárate, alcalde de Valladolid y designado oidor en la Real Audiencia de Lima, lo llevó en viaje junto a sus hijos. Pariente mozuelo, sin nadie en el mundo, debió acogerse a la seguridad y compañía con íntima gratitud, aunque no siempre con calor y cariños de los legítimos hijos del probo magistrado.

Para un púber como era entonces Juan de Garay, la idea del viaje a las lejanas Indias, debió poblar su mente de fantasías y entusiasmos. Proyectado a un destino ignoto con el recto ejemplo de don Pedro, Dios sabe con qué pobre equipaje y carga de sueños, embarcóse en San Lucar, adscrito al pasaje de los Ortíz de Zárate. La escuadra de 152 velas (52 naves) zarpó en 29 de noviembre de 1543. Parte de la flota estaba destinada a México con el visitador Tello, la otra a Panamá con el virrey Núñez Vela y sus acompañantes. Debió ser -para la época- imponente el despliegue de tanto navío, la grita y afanes marineros, el aposentamiento de los principales y las damas en literas incómodas, mientras el pasaje menudo invadía cubiertas y bodegas, donde estaban hacinadas cargas y animales que se transportaban, tanto para alimentación cuanto para crianza en tierra firme.

Paul Groussac ⁽²⁾ nos describe con realismo y colorido una travesía por el océano en el siglo XVI. Seguramente, pues sólo por deducciones podemos llegar a ello, Juan de Garay, con sus 13 ó 14 años se acomodó a la intemperie y amistó con viejos lobos de mar, mientras pasaban días y noches, con infinito horizonte de aguas.

A los 12 días la flota arribó a las islas Canarias, donde se concedieron quince días de descanso. Don Pedro que era señor grave y serio, cuya formación espiritual era austera y recta, padecía del estómago y seguramente sus expansiones eran muy sobrias. La vigilancia sobre la familia, las normas que inculcaba a diario formaban a los jóvenes de su tutela, bajo principios de rigurosa moralidad, apego a la Ley y las buenas costumbres. Ya veremos adelante sus fastidios,

por el matrimonio de su hija. Garay, segundón y aún niño, tuvo esa influencia bienhechora. Seguramente disimulaba más que otros sus travesuras y andanzas propias de su edad. Esta inspiración primaria a la sombra de un probo magistrado le darían para siempre las condiciones de fundador y hombre de grandes hazañas.

En el viaje, tedioso para gentes mayores, Garay encontraba a diario sorpresas y experiencias. A los cuentos y consejos del paisaje se sumarían los de la tripulación que verían en él un grumete comedido aunque cauteloso de la reprimenda del oidor. Poco se sabe de nuestro hombre en tales circunstancias. Tendremos que llenar vacíos con la deducción natural.

El 26 de Diciembre de 1543, la flota partió nuevamente, y a poco de adentrarse en el mar se dividió, tomando la derecha un grupo de trece barcos con don Francisco Tello, rumbo a Nueva España y la izquierda llevaba al virrey hacia Panamá. Pronto se perdieron de vista y penetraron por sus rutas en el inmenso y misterioso océano, donde días de calma que se turnaban con los de tormenta y los plácidos amaneceres, hacían contrapunto con noches estrelladas o con ventisca y nubarrones. Las aguas iridiscentes por el sol, eran amenazantes de olas y encrespamientos cuando aparecían cielos cerrados y agitados ⁽³⁾.

Las cántaras y barriles de agua dulce eran tesoros. Poca de ella se gastaba en aseos. Servía para aplacar la sed que se avivaba por el consumo de carnes en cesina y tasajo o por soles que quemaban. Cuando llovía todos recibían agua en lo que podían y los marineros se afanaban por lograr reservas en cada barco. La comida era magra, compuesta de potajes de garbanzos, casi ninguna verdura. El limón les salvaba del escurbutu. Comida sin sabor, casi monacal. Los mareos eran de no acabar y las humedades marinas, carcomían todo: ropa, madera de navíos, cueros y metales.

Los domingos y días festivos para la cristiandad se decían misas en los barcos que tenían sacerdote, de lo contrario se rezaban rosarios interminables. No faltaban zarabandas y músicas, con cantos y alegrías. Tampoco terrores y miedos, sea por los mitos y cuentos de los mares y barcos fantasmas, o por el rasguído violento de los relámpagos y truenos horribles en tiempo de borrasca.

Muchas diferentes aves seguían a los viajeros, algunas de ellas acompañaban a las naves en casi todo el trayecto y otras se alejaban de tierra en forma increíble. Es seguro que el pasaje las contemplaba en sus afanes de pesca y otros; generalmente en la noche, las cazaba agarrándolas pues muchas se posaban en palos, gavias y antenas. Entre otras habían pájaros bobos, alcatraces, rabihorcados y unos singulares llamados patines que son descritos por Gonzalo Fernández de Oviedo: "Véense por todo el viaje unos pájaros negros, muy grandes voladores, y andan a raíz o junto a las ondas de la mar, y es cosa de ver mucho su velocidad y cuán diestros andan, así cómo suben o bajan las ondas, aunque haya fortuna o ande brava la mar por tomar aquellos pescados voladores..." ⁽⁴⁾

Así entre sorpresas por la diversidad de peces, la vista de algunas ballenas y tiburones, las distracciones naturales de una larga y tediosa travesía, donde a la incomodidad se sumaban malquerencias humanas o amistades nuevas y "entrañables". La falta de servicios y los ingratos ambientes del hacinamiento demandaban con ansiedad el arribo a tierra firme.

La flota recaló en Nombre de Dios, en la costa del Darien, el 10 de enero de 1544 ⁽⁵⁾. Allí el desembarco fue un alivio para los viajeros y el principio de preocupaciones para los habitantes. El virrey Núñez Vela de torpe y agrio talante, partió de inmediato a Panamá, donde empezó a poner en práctica las Leyes Nuevas. No reparó en los consejos de los oidores, entre ellos, don Pedro Ortiz de Zárate, cuyo estado de salud era precario y que se agudizó con la travesía oceánica. Garay fue espectador sorprendido de las cosas que ocurrían. Al recibimiento placentero pronto sucedió la murmuración y el fastidio de los pobladores. Se había ordenado dar libertad "in continenti" a los indios de servicio traídos del Perú. Núñez Vela a diferencia de don Francisco Tello en México, que tuvo moderación y prudencia en la ejecución de sus mandatos, apuró las decisiones. Siempre en seguimiento del virrey e los Zárate, entre los que estaba Juan de Garay,

se trasladaron también a Panamá. Allí los oidores se informaron del ambiente que reinaba en Perú, donde ya se conocían los alcances de las Ordenanzas y lo desabrido del genio virreynal.

Núñez Vela no sólo que no aceptaba consejos, sino que amenazaba a quien con voluntad y buena fe le sugería templanza. Los mismos oidores sufrieron intemperancias, que se traducían en casa de los Zárate en mayores desvelos por la salud del oidor. Garay vivió esos días de tensión que desembocarían en mayores males para los reinos. El respeto a los mandatos del rey, la obediencia a la ley que le inculcaba el ascético tío, se grabaron indelebles en su alma. Zárate, a pesar de las tormentas del mandamás don Blasco, mantenía severa reserva de sus preocupaciones.

A veinte días de su estancia en Panamá, el virrey Núñez Vela, decidió partir, sin los oidores de la Real Audiencia, rumbo al Perú. Allí no hacía mucho se había dado fin a la rebelión de Almagro el **Mozo**, derrotado en encarnizada batalla, donde murieron más de trescientos cincuenta españoles. Los victoriosos creían obtener gracias reales y, por el contrario, se les venía encima la disposición de castigos a quienes, de una u otra forma, hubieran participado en las luchas entre pizarristas y almagristas. A ello se sumaba, como miel sobre ojuelas, la insana disposición del virrey ⁽⁶⁾.

Los oidores que conocían la situación pensaron que era mejor no forzar al virrey, puesto que según ellos apenas llegasen al Perú, el mismo don Blasco aceptaría mejores y más justos criterios. El virrey creyó, a su vez que al llegar sin los oidores podría en forma rápida terminar su faena y dejar cumplidas y vigentes las leyes nuevas.

A tiempo de zarpar fue de visita donde el enfermo licenciado Zárate para despedirse, don Pedro le dijo: "que pues estaba determinado de partir sin ellos, que le encargaba y suplicaba entrase muy blandamente en la tierra, y que no tratase de ejecutar ninguna ordenanza hasta que la Audiencia estuviese asentada en la ciudad de los Reyes..." ⁽⁷⁾.

II

A los pocos días de su arribo a los Reyes, el virrey logró un desabrimiento general, más si se tiene en cuenta que luego de llegar a Túmbez prefirió hacer el recorrido por tierra para conocer y tratar a los pobladores y las villas, donde su aspereza y destemplanza le enemistaron con todos, hasta el extremo de no tener quién le diera socorro de alimentos y posada.

En breve los oidores partieron para Lima donde fueron recibidos con honores y de inmediato instalaron la Audiencia Real. El licenciado Zárate quedó en Trujillo, debido a su enfermedad. Es lógico suponer que con él estaba el mozo Juan de Garay y sus parientes.

No tardó en suscitarse la discrepancia del virrey con los de la Audiencia, ⁽⁸⁾ en vista de lo cual apuró su viaje a la capital del reino don Pedro de Zárate. Llegado que fue constató que Núñez Vela había apresado al ex-gobernador Vaca de Castro y luego aumentó su total desprestigio con el asesinato del factor Illen Suárez, lo que determinó a los oidores a disponer la prisión del virrey, mandato que ejecutó cumplidamente el capitán Martín de Robles ⁽⁹⁾. El oidor Zárate, llegó atrasado a reunirse con sus colegas en el atrio de la Iglesia Mayor, donde estaban sentados en sendos sillones, realizando audiencia pública. Allí fue llevado prisionero el virrey y trasladado en esa condición a casa del oidor Cepeda. Luego se apresó a varias otras personas vinculadas con el caído ⁽¹⁰⁾.

Estos hechos fueron vividos por Garay, quien seguía con fiel lealtad la decisión de su tutor y tío. Estaba siempre bajo la mano del oidor y, aunque con pujos de cadete, aceptaba siempre la autoridad de su principal y protector. En estos alborotos, que luego veremos como se dilatan, Garay tomará partido a la sombra de la conducta de Zárate.

Los oidores pidieron al virrey ordenara a la flota surta en el Callao, que se entregara a la autoridad de la Audiencia y que desembarcaran a los prisioneros enviados por Núñez Vela. Estos

eran don Cristóbal Vaca de Castro y los hijos del marqués Pizarro. Se hicieron las tratativas por medio del mismo Blasco Núñez de Vela, que fue enviado con guardias hasta el puerto, pero como quiera que la flota estaba bajo las órdenes del almirante Diego Álvarez Cueto -deudo del real administrador depuesto- éste no aceptó ningún acuerdo hasta que no fuera libertado Núñez. Vuelto a prisiones, en los Reyes, se tornó a negociaciones de ocioso detalle, de lo que resultó la libertad de los familiares de Pizarro, la quema de varios barcos por la marinería de Álvarez y el hacer velas de la flota hacia el puerto de Guaura.

A todo esto Gonzalo Pizarro se había alzado en Charcas y, luego de hacerse fuerte en el Cuzco marchaba hacia Lima, lo que creó una situación azarosa para el gobierno de los oidores. Las idas y venidas de correos, las más de las veces secretos, entre los campos de la Audiencia y del alzado, sólo perjudicaban al régimen colegiado de los Reyes. Núñez Vela que ya había levantado un ejército ⁽¹¹⁾ -que luego sirvió para su caída- contra la amenaza de Pizarro, fue prontamente regimentado por los oidores, que designaron gente experta entre los capitanes para su sostén y freno al rebelde. Pero esa fuerza se fue evanesciendo y pasando de a poco al campo del alzado.

Allí parece ser que Garay entró en milicia, a las órdenes del capitán Martín de Robles, bajo los pendones reales, esta vez izados por la real Audiencia. Es confusa la manera cómo la fuerza que el virrey organizó se dispersó. Si unos se fueron al campo de don Gonzalo, otros se retrayeron en sus encomiendas o se alejaron de los poblados. Poco o nada se sabe en esa instancia del destino de Garay. Posiblemente retornó a la casa del oidor. Pero, no adelantemos.

Ante la proximidad de Pizarro la Audiencia determinó enviar al virrey fuera de los Reyes, por la alteración del reino y por temor a que su persona sufriera peligros de los que necesariamente serían responsabilizados los oidores.

Los jurisperitos de la Real Audiencia se habían metido en honduras y no sabían cómo desenredar la situación. Enfrentaban a un hombre de probado coraje y ambición, con simpatía de los pobladores y prestigio que llegaban hasta México, donde se le titulaba **padre** de los encomenderos. El virrey, a todas luces torpe y obsecado, sin el menor tilde de sagacidad era, quiérase o nó, delegado del monarca. Hecho que influía en la conciencia de los confundidos conquistadores. El oidor Zárate representaba lo más serio de la Audiencia. Sobre todo tenía sólida moralidad, en medio de colegas a veces flacos de ánimo, con dobleces de alma, entre los que se distinguía por su maldad y vileza, el licenciado Cepeda.

Puesta la Audiencia entre la cruz y la espada, sin mayores experiencias políticas, determinaba medidas apresuradamente, fuera de las atinadas advertencias del viejo Zárate, lo que lejos de remediar las cosas, las complicaba. Acordaron así llevar al virrey a una isla desierta, cercana al Callao; luego determinaron enviarlo a España, con información en su contra por atentados y muertes de los que era responsable. Aparejaron uno de los barcos, salvado del incendio que provocó el general Álvarez Cueto y sacándolo de la isleta fue llevado hasta el puerto de Gaura, acompañado del oidor Juan Álvarez, encargado por la audiencia de conducirlo hasta España y realizar todas las diligencias del caso. Cuenta el "palentino" que el oidor Zárate había expresado en Audiencia que no se maltratase ni apresase al virrey. ¡Todo eso, ante los sucesos, sonaba a música de alas! Además, tuvo revueltas palabras con su colega Álvarez, porque manifestó abiertamente su desconfianza para el oidor designado para llevarlo hasta España ⁽¹³⁾.

Las dudas de Zárate sobre Álvarez se cumplieron. Llegado al puerto de Guara donde la flota, por ardides del capitán Diego García de Alfaro, cayó en poder de las fuerzas de la Audiencia, en la que se encontraban presos el general Álvarez Cueto, el hermano del Virrey Vela Núñez y otros, se hizo a la mar, previo consenso de la marinería, quedando libres tanto don Blasco como los otros presos y repuesto en los mandos de la escuadra, su antiguo jefe. Dos barcos regresaron al Callao con Diego García de Alfaro.

Pronto llegaría el Virrey a Tumbes con el personal y marinería a sus órdenes. Allí, con el oidor Álvarez hizo audiencia y convocó a su lado a gentes y señorío que empezaron a acudir a sus banderas ⁽¹⁴⁾.

Quedaba enfrentar a Pizarro. El licenciado Cepeda, con un pequeño núcleo de soldados y puesto en calidad de Capitán General, pretendió dar batalla a Pizarro que estaba prácticamente en las puertas de Lima. Lo disuadieron sus capitanes, arguyendo la pequeñez del número y la flaqueza de ánimo de tal gente de guerra. Es, como afirma Groussac ⁽¹⁵⁾, más que seguro que Garay ya estaba en filas, a órdenes de Martín de Robles, y por estos juegos políticos, se libró de entrar en una batalla donde seguramente de haberse realizado habría muerto, sino caído prisionero, dada la calidad y número de las fuerzas del **alzado**.

Pizarro, a través de su maese de campo Carvajal, se dio modos para terminar el negocio con los oidores. Hizo violencias en los Reyes, logró, entre el temor y la alegría de los suyos, ingresar con su Ejército en la capital e impuso a los oidores le dieran provisiones, por escrito, nombrándolo gobernador, con amplios derechos. Carvajal, al recabar la firma de dichas provisiones encontró resistencia en Zárate. Las amenazas acerca de la ejecución de muchas personas, prontamente convencieron a los oidores. Zárate dijo: "Juro a Dios y a esta cruz y a las palabras de los santos evangelios, que firmo esta provisión de miedo y porque no maten a esos caballeros que están presos" ⁽¹⁶⁾. El probo vizcaino ante la violencia desatada cedió para ayudar a gentes que estaban en manos del inmisericorde "Demonio de los Andes".

Gonzalo Pizarro, para dar relieve a su victoria y animar a la población, organizó festividades y esparcimientos populares. En la mitad del regocijo llegó la noticia del desembarco, en libertad, del virrey. Prontamente -pues el alzado no perdía tiempo en vacilaciones- proveyó la marcha de capitanes por mar y tierra en pos del enemigo. Además dispuso el envío de una comitiva a España para que explique a la corte los sucesos y apoye sus demandas de legitimidad a la gobernación del Perú. Requirió de la Audiencia provisiones, *por* las que se designaba a uno de sus componentes, el oidor Lison Tejada y a Francisco Maldonado, como procuradores del reino, ante la corte metropolitana. Nuevamente Zárate se opuso a firmar ⁽¹⁷⁾. En esta forma el alzado acabó de desparramar la audiencia, por lo que quedó como gobernador con la suma del poder y con el oidor Zárate, enfermo y reacio. Envío con los procuradores al capitán Bachicao, para que con tropa y artillería se encargue de dominar Panamá, como así lo hizo.

En estas alternativas la hija de Zárate, y pariente de Garay, se casó, contra la voluntad del oidor, con Blas Soto, hermano de Gonzalo Pizarro, lo que acabó de fatigar al ya cansado magistrado. Quedóse así replegado y sin permitir visitas de nadie, salvo la de su gente y es el caso pensar que fuera Garay acompañante y consuelo del viejo patricio ⁽¹⁸⁾.

La obsecuencia de los oidores, en especial Cepeda, permitió el dominio casi total de la bandería pizarrista. Organizadas sus fuerzas, Pizarro dio empeñosa persecución al virrey y realizó una campaña tenaz y rápida. Al norte ya tenía a sus hombres, dominando la escuadra y los puertos de Panamá y Madre de Dios. Sólo al sur, en Charcas, se levantó Diego Centeno cuando estaba en pos de Núñez Vela. En Añaquito, Gonzalo derrotó al virrey, batalla en la que murió el obstinado y con cuya desaparición Pizarro quedaba señoreando el vasto virreynato (18-1-1546), con el único problema de Centeno, contra quien tenía al capitán Alonso de Toro en el Cuzco y a Carvajal, que a marchas forzadas iba a sofocar el descontento.

Garay no dejó de estar al lado del pendón real, pero logró evitar compromisos con el bando rebelde por la conducción que de su vida hacía don Pedro Ortiz de Zárate. No se vio envuelto en estas jornadas duras y sangrientas. Su leva como soldado a las órdenes del capitán Robles, se renovará cuando éste, vuelto a la milicia con la Gasca, arrastre al joven al oficio de las armas.

De regreso a Lima, Pizarro mostró sus condiciones de gobernante. Dispuso medidas que beneficiaron a distintas regiones y aunque tenía focos de rebeldía, como los de Centeno y Verdugo, dominaba ampliamente toda la región.

Las noticias de la llegada de La Gasca a Nombre de Dios y sus trajines en Panamá no lo alarmaron grandemente, pero dispuso en consulta el envío de procuradores a España. La verdad es que los aturdimientos de Pizarro y las dudas que le embargaron sobre si hacer o no hacer, si coronarse o no, inflaron las velas del pequeño y enteco fraile, que le fue ganando terreno con promesas, habilidades y astucias.

Aquello que Pizarro miró con cierto desdén, se fue convirtiendo en grave amenaza, ya que el Pacificador le tomó la flota de Panamá y turbó el ánimo de amigos como Hinojosa y Mejía. La Gasca escribió a Pizarro, y al licenciado Cepeda, pidiéndoles que se comunicaran con Zárate para proveer una vacancia audiencial. A todo esto Zárate estaba cada vez más enfermo y solamente contaba con la fiel asistencia de Garay. El capitán Martín Robles, que había tenido al joven vizcaíno en sus formaciones de piqueras cuando organizó ejército Núñez Vela, había sido incorporado por Pizarro en sus huestes y llevado a Quito donde dio batalla contra el virrey, contra su íntima preferencia. Muchos capitanes y soldados de una y otra parte se encontraban atrapados por los bandos, más por la fuerza que por propia determinación. Es de suponer que Zárate no permitió que su pupilo y criado fuera incorporado a las fuerzas de Pizarro y le retuvo consigo en su retiro limeño. A todo esto es sabido que el joven Juan contaría entre 15 y 16 años.

La suerte de Pizarro estaba echada. Al no avenirse a las requisitorias del Pacificador La Gasca, éste fue engrosando adhesión a base de promesas, de perdones y del uso del poder real a través de cédulas en blanco que llenaban a sabor y según las necesidades. Pronto el alzado se vio constreñido a la parte central de su gobernación, pues se le fue desgranando su poderío en el norte y estaba amagado en el sur por un creciente aumento de importancia en las fuerzas de Centeno. Rota toda negociación, La Gasca se dio modos para llegar a esa situación.

En tales circunstancias, el oidor Zárate aislado, sospechado y abiertamente favorable a la corona, fue visitado en su casa por Pizarro, debido a que se encontraba enfermo de disentería. Amoscado por el matrimonio de su hija, varias veces insultado, no debió apreciar en mucho la gentileza. El alzado lo trató consideradamente y le ofreció polvos de unicornio, para aliviarlo, asegurándole que eran medicina muy buena para sus males. El oidor Zárate se sirvió de ellos ya poco murió. La verdad es que su fallecimiento se debía a su edad y dolencia que lo atormentó desde que llegara a las Indias. La conseja y maldad, que atribuía a Pizarro haberlo envenenado, no pasa de ser una calumnia, pues un hombre tan probadamente valeroso no necesitaba usar el recurso vil para eliminar a un anciano que no le amenazaba en nada.

Así, desaparecido Zárate, queda Juan de Garay, solo y dueño de su destino. Ya no tendrá mayores auxilios, menos de su prima, casada con Soto a quien cobró amor después del matrimonio. Inducido en conciencia a servir al rey, más que seguro, tomó contactos y amistades con gente que estaba dispuesta a dar favor a La Gasca. Se ve en él prudencia y sigilo, pues los tiempos no eran para conductas impertinentes ni menos jactanciosas. Bien sabía que todo eso tenía como precio la cabeza...

Como todos los españoles, jóvenes o viejos -secuela perdurable-, buscaría modos para lograr mercedes del poderoso. La aplicación de las Nuevas Leyes, la quita de derechos, había sido superada por el desabrimiento general que produjo el indocto y torpe virrey. La corona y el Consejo de Indias, inducidos por el reclamo -llamémoslo ideológico- de los enemigos de la encomienda -Montesinos, Las Casas- más daño que ventajas habían generado para el común. ¡Cosas de los tiempos!

Fruto de esas experiencias no podemos reclamar en Garay, joven solitario, sin el apoyo del oidor, sin fortuna ni prestigios heroicos, otra actitud que seguir la corriente. Seguros estamos que buscará el consejo y autoridad de Martín Robles, capitán experto, de larga y escabrosa historia.

La Gasca, que nada tenía de guerrero, enteco, frío, tenaz, fue la antinomia de los hombres que hicieron de España señora del Nuevo Mundo. El guerrero hidalgo era personaje completamente diferente al fraile magro. Al valor, al arrojo, a la disposición llana, La Gasca opuso la reflexión. Entre la pasión y el impulso del uno y el congelado y avisado espíritu conventual, del otro, surgió victorioso el cálculo y la diplomacia. La organización de un ejército para el rey, permitió que la vieja lealtad española aflore, más si el problema de las Ordenanzas no existía. Martín de Robles pronto puso su espada a órdenes de la jerarquía estamentaria de la monarquía. Allí debió acudir el buscador de éxitos para lograr los premios encomenderos. Garay afiliará a la bandería de su capitán, a la que siempre respetó su severo tutor, a la que él creía mejor, por ser hijodalgo, mancebo de muy pausada ambición.

El desplazamiento de la lucha obligó a Pizarro a retirarse de los Reyes y a que en sucesivas alternancias, una favorable como Huarina y otra dramática como Sacsahuaman, perdiera el poder y la testa gallarda. El dominio de la situación por la corona, resucitó el ejercicio de sus sistemas: preferencia y merced a los serviles y también postergación y olvido a los mejores.

Garay, incorporado a las huestes del capitán Martín de Robles, joven y ardoroso, debió concurrir a todas las citas y agrupamientos que dieran favor al presidente La Gasca. La derrota de Gonzalo Pizarro y el aquietamiento del Perú, concitaron en todos los milites del Bando real, más los pasados de última hora, reclamos y apetencias que fatigaron a la administración victoriosa.

La Gasca, después de la consecución de su campaña se encontró con centenares de capitanes y soldados a los que debía recompensa. El desborde de ambiciones para caer sobre el botín de los derrotados, sobre la hacienda real y el reparto de nuevas encomiendas, creció, ya que el régimen de su abolición había pasado a mejor recuerdo, luego de la explosión de descontento que produjo la dictación de las Ordenanzas.

Muchos capitanes fueron destinados a nuevas "entradas" so color de descubrimientos cargados de promesas y esperanzas; otros aceptaron cargos y funciones, que tanto gustaban a los guerreros que los consideraban honra y prez de sus desabridos linajes; a los más, se les iban los ojos tras las encomiendas.

Nuestro hidalgo, no es de dudarlo, pobre y nuevamente huérfano, debió codiciar como cualquiera, su parcela con indios para lograr renta con qué aliviar estrecheces. Garay, sale de Lima y va en pos de su propio destino, viaja al sur, a Charcas, al conjuro del imán potosino. Allí empieza su historia propia, pues antes vivía de reflejo y bajo el ala del oidor Zárate. Suelto y obligado a velar por sí, empezará el periplo despacioso y señalado de su **fatum**.

III

Puesto Garay ante su propio camino, bueno será que retornemos sobre sus orígenes. Conocidos son los trabajos de Paul Croussac y de Enrique de Gandía, acerca de nuestro hombre. Se discute si es vasco de nacimiento o castellano. Para el primero, según el nombramiento de alguacil, otorgado en su favor por Felipe de Cáceres el año 1568, lo señala como "natural del valle de Losa..."; mas, en otro documento, que sirve de prueba en litigio, se afirma: "El General Juan de Garay, natural de la villa de Villalba". Groussac y E. Madero consideran que era natural de Villalba de Loza, valle fronterizo de Alava, Vizcaya y Burgos. Anejo al lugar existen los villorrios de Zárate y Garay, pertenecientes a la circunscripción municipal de Orduña. Si razonamos con los elementos de juicio que tenemos a mano, veremos que su protector y tío era natural de Orduña y de apellido homónimo al poblado de Zárate; por otra parte, el patronímico de Garay nos señala con claridad su raíz. Si Garay nació en Villalba, es castellano, si en el caserío de su nombre, vizcaíno ⁽¹⁹⁾.

Fue en edad de siete años, a raíz de su orfandad, que Garay fue a vivir a Orduña con su tío, Pedro Ortíz de Zárate, de donde se trasladaron en 1537 a Villalba de Losa. Se afirma

indistintamente por diversos investigadores que Garay nació entre los años 1527 y 1529 ⁽²⁰⁾. Como hemos visto Garay se traslada con el oidor Zárate al Nuevo Mundo en 1543, lo que mostraría que tenía entre 16 y 18 años, y que parte de su pubertad y primera juventud la pasó bajo la tuición del venerable pariente.

Formado en hogar honrado y digno, acabó de forjar su espíritu en el Nuevo Mundo. Esta circunstancia hace de Garay un nobilísimo ejemplar, prácticamente americano. Es el primer capitán que se nutre de experiencias desde su nacimiento en nuestro continente. Alma de hidalgo, por casta heredaba los principios de honor y agregaba el oficio guerrero. Motivación vital que resaltará su personalidad. Más que peninsular viene a ser criollo.

Es por esto, como ya lo dijimos -y según deducción de Groussac y de Rubio- ⁽²¹⁾ que Garay sentó plaza en las formaciones militares de Martín de Robles y con éste capitán, después de la derrota de Pizarro, se trasladó a La Plata en Charcas.

Allí empezará una nueva vida para Garay, hombre ya, frizando los 21 años. Martín de Robles consiguió una rica encomienda, que le dio holgura económica y más que posible que Garay tratara de lograr méritos para conseguir una concesión, que si no fuera tan abundosa, le permitiera buen pasar.

A todo esto ya había sido descubierto Potosí, que empezaba a sorprender por su riqueza y opulencia. El rápido crecimiento de ese centro minero, seguramente atrajo a nuestro joven personaje. Con Martín Robles participó contra el levantamiento de Francisco Hernández de Girón quien, aparte de las ocurrencias trágicas de su rebeldía, mostró uno de los más puros y bellos romances con su esposa, seguidora infatigable del guerrero y finalmente alejada, por señorial treta del insurrecto, para salvarla del vejámen y la muerte y no ligarla a su destino. Mujer nombrada Mencia Portocarrero que fundara un convento en el Cuzco.

En el año 1554 Garay adopta conducta personal y conscribe en las huestes del capitán Juan Núñez del Prado, en su expedición al Tucumán (1555). Este al encontrarse con fuerzas de Pedro de Valdivia en la región, fue hecho prisionero y enviado a Chile por el capitán Aguirre. Núñez del Prado ingresó por Tucumán hasta el Chaco en compañía de Garay. Finalizada esa expedición, Garay regresó a Charcas y se asentó en Potosí desde donde fue enviado por Don García de Mendoza a la región de Atacama, circunscripción perteneciente a la provincia potosina, para que trace y establezca un camino a la costa, que permita directa exportación y comercio con la Villa Imperial, foco y fuente de la más importante actividad minera e industrial del imperio.

Juan de Garay iba ganando posiciones militares que desde el rango de noble soldado, le permitieron muy pronto llegar a capitán; situación que ambicionaban los hidalgos, pues les permitía ser cabeza de exploraciones y de conquistas, donde aparte de renombre se ganaba fortuna y fama.

El camino hacia Atacama era peligroso, por los desiertos que se tiene que atravesar, páramos inhóspitos, sin agua ni socorros, donde ni siquiera existe la esperanza de una lluvia, pues son secanos, yermos, desolados territorios, a los que hay que llegar abastecidos de todo para atravesarlos. Al salir a las costas sólo se cuenta con la pescadería, pues no hay plantas ni animales y se tornaba problema la alimentación de las bestias, a las que se tenía que conseguir forraje de pajonales y yerbales escasos.

En realidad la misión de Garay era muy importante. Potosí necesitaba un puerto cercano y propio. Los envíos de plata en piñas, por tierra, requerían muchas recuas y personal. No era Cosa de extrañar esto en aquellos tiempos, pero las minas y la nueva imperial villa urgían de materiales, ingenios, mercaderías que se demandaban con gran perspectiva de precios. En suma era creciente la activación del comercio y la industria; aumentaba la población inconteniblemente, al extremo que uno de los grandes problemas potosinos era la falta de vivienda que si bien era subsanada con la proverbial hospitalidad peninsular, la situación rebasó todo límite. La abigarrada mercadería y la demanda creciente de los quintos reales, así como el afán de exportar metales,

obligaron a las autoridades a apresurar la organización del puerto potosino de Arica. Allí pues cumplió trabajos Garay. No era mera exploración, sino tarea de vital importancia.

Tanta magnitud había adquirido Potosí que atraía a pobladores de todas las Indias, al extremo que alguien se quejaba de que el Caribe se estaba vaciando. Llegaban extranjeros de toda clase, no solamente para participar en los trabajos mineros, sino para ofrecer mercancías y sumarse a la eclosión de progreso y dinamismo de la región. Digamos con Ortega y Gasset, en cuanto se refiere a Garay: "Yo soy, yo mas mi circunstancia". Vale decir que los factores sociales que circundaban a nuestro personaje, iban formando en la escuela de su vida misma una conciencia. Es por eso que no podemos desprender de su personalidad los factores que le rodearon y le darían tan peculiar manera de ser. Americano por formación, por relación humana y con el medio, forjarán en él un nuevo tipo de conquistador, más surgido de las tierras de nuestro hemisferio, más condicionado a su alma y maneras, lo que permitirá que grandes segmentos de su carácter serán indeleblemente acuñados por su múltiple y rica experiencia.

En la descripción de Potosí, de la primera época, a la que perteneció Garay, encontramos la "Relación General" de Luís Capoche, la que nos permitirá, por sobria y equilibrada, tener una imagen de los hechos y condiciones que rodearon a la Villa Imperial, cuando estuvo en ella ⁽²²⁾.

"El cerro y Villa Imperial de Potosí está situado en tierra fría, de muchas nieves, estéril y de ningún fruto, y casi inhabitable por su desabrido y mal temple. Antes del descubrimiento del cerro no tuvo población por su mal temperamento. Su calidad es seco y frío y ventoso sobremanera..." "...Al oriente tiene este cerro, respecto de nosotros, la provincia de Santa Cruz de la Sierra, ciento y setenta leguas, que son los últimos pueblos por esta parte sujetos al Perú. Y prosiguiendo adelante esta la Mar del Norte y costa del Brasil, con el gran Río de La Plata que le demora al sureste, y, hasta las primeras aguas saladas que entran por el río donde esta la población y puerto de Buenos Aires ('), hay cuatrocientas y treinta leguas por jornadas de buen camino... Al meridiano está la provincia de Tucumán, ciento y cincuenta leguas (que son también los postreros pueblos por esta parte), a y las provincias de Chile y el estrecho de Magallanes, seiscientas leguas. A la parte septentrional cae la nobleza de este reino, sus provincias y ciudades principales".

"Volviendo, pues, al cerro, en él no se cría hierba. Su a color tira a rojo oscuro, limpio de peñas y risco, abierto (cubierto) por la superficie con tierra y pedregal y desmontes con ley de plata. Lo restante es de peña... Esta exento, suelto y dividido de las demás tierras, aunque por la parte del mediodía se le pegan algunos collados" (sic) ⁽²³⁾. En las faldas de esta montaña, se esparcía Potosí, al que se le calculaba para el siglo XVII una población de 120.000 habitantes donde había de todo ⁽²⁴⁾. Empezó desordenadamente a construirse y a desarrollar su industria y comercio. Mercado creciente no sólo de manufacturas y de artículos importados desde España y otras partes del mundo, sino centro activo de artesanía, de excitador para el crecimiento de los territorios ajenos, y del incremento de actividades múltiples. Las diversiones, las escuelas de esgrima, el juego de la pelota, los torneos y duelos, la vida liviana y casquivana de hembras ligeras, las fondas donde se encendían pendencias, el lujo de los afortunados y de sus mujeres, la riqueza de sus templos, en suma una ciudad que crecía al ritmo de su fabulosa riqueza mineral, explotada con prisa y con ansias de obtener prosperidad fastuosa. No es aquí donde podamos hacer una mayor relación de Potosí y su fantástica historia. Dejamos eso para otra oportunidad, pero bueno es mostrar donde Garay estuvo e hizo faena. No es sólo el transcurrir ciego de un ser por la vida. Hay una "circunstancia" humana y telúrica que forman parte de él.

Al regresar del puerto potosino de Arica, donde desempeñó el cargo de proveedor del ejército, Garay se relacionó con don Juan Ortíz de Zárate y su familia. El futuro adelantado del Río de la Plata, tenía como hermano al más rico de los mineros... Mendieta, cuya veta famosísima tomó su nombre y que hasta ahora es conocida en los anales de la minería altoperuana. El adelantado participaba en la fiebre minera y poseía filones de plata con muy buenas leyes. También era afortunado encomendero. Garay, debió buscar riqueza en ambos quehaceres, pero no se encuentra en la lista de concesiones su nombre, lo que descarta la posibilidad que hubiera explotado en el Cerro Rico. Tampoco se le conoce una encomienda opulenta en tierras y en indios

de servicio, así que debemos presumir, llevaba vida sobria. Sus funciones en la administración fueron de menor importancia, lo que muestra que guardaba su ambición, seguramente atentada por las limitaciones de sus logros, para empresas de mayor importancia.

Poco se sabe sobre su vida sentimental en estas partes de su existencia. Mozo robusto y nervioso, pudo ser tentado a matrimonios y queridas, pero nada se conoce de eso y es de presumir que en la alborotada "Babilonia del Perú" como llamaban a la Villa Imperial, habría tenido sus retozos discretos; porque no sería Garay ajeno a la sentencia de San Juan de la Cruz: "El alma que no es tentada y ejercitada y probada con tentaciones y trabajos, no pueda arribar su sentido a la sabiduría; porque como dice el **Eclesiastés**, el que no es tentado ¿Qué sabe?" (25).

Su concurrencia a la casa de los Zárate, donde era bien recibido por el recuerdo del recatado oidor -aunque no eran parientes de éste sino de sus deudos, pero ligados por paisanaje y comunes apellidos- debió darle oportunidades e influencias que las veremos actuar, en "tono menor", para obtener plaza de teniente y luego de capitán, en futuras exploraciones y "entradas" (26).

Garay, de origen humilde y pobre, nunca presumió de abolengos y con modestia otorgaba trato muy educado tanto a personas de pro como a parientes de nivel social notoriamente destacado en la colonia. El sería hijo de sus propios actos y, como ocurre siempre, los presumidos y jactanciosos que le trataban con cierto desdén, se han perdido en su vanidad y anonimato, mientras Garay es padre de ciudades y deja un nombre que será honrado y homenajeado siempre, mientras perduren sus fundaciones.

Embarcaron con el oidor Pedro de Zárate, su esposa, doña Catalina Uribe y Salazar, sus tres hijos Pedro de Zárate, Francisco de Uribe y su hija Ana Salazar casada como vimos con Blas Soto. El primero logró nombramiento de "capitán", porque sí. Uribe hará lo suyo o se convertirá en referencias de parentesco, cuando le sea necesario declararlo a Garay. Pedro, el capitán, casó con su prima, Lucía de Luyando, también embarcada con el oidor, en Lima (27).

En realidad no hay datos acerca de la estancia de Garay en Potosí y en La Plata. Se debe suponer que estaba indistintamente en dichas ciudades debido a su proximidad y a sus presumibles actividades para labrarse una situación. Es a través de la carta de Garay al rey del año 1582 (28) que se obtienen algunos detalles sobre su vida y es un poco al armar la trama de su quehacer que podemos seguir sus pasos. Por el año 1560 se encuentra en La Plata y desde entonces le veremos empeñado ya en su nuevo impulso, que lo afilia a las expediciones hacia los llanos, con Manso. También Garay, regresará indistintamente de estas empresas a Chuquisaca y Potosí, pero su sino lo empujaba a la llanura, donde marcará el capítulo más importante de su vida.

IV

A la muerte de su amigo, capitán Martín Robles, que fuera ejecutado en La Plata en forma sorpresiva y violenta, por orden del Virrey Hurtado de Mendoza, marqués del Cañete, Garay que no se encontraba en Chuquisaca en esa oportunidad, quedó sin padrinos y con flaca influencia. La relación tanto en Potosí como en la capital de Charcas, con Juan Ortíz de Zárate, futuro adelantado en el Río de La Plata, al igual que con los deudos de éste, debemos entender le sirvieron para que logre integrar la expedición y conquista de los llanos, que le fue encomendada al conquistador Andrés Manso. Garay figura en esta empresa con el grado de capitán, pero en posición subalterna, oportunidad que le abre brillante porvenir.

Entre tanto, por el sureste de Charcas, se desarrollaba una activa y heroica proeza de conquista y fundaciones, que si bien la empezara Solís, la continuaron Caboto, Pedro de Mendoza y Ayolas; la prosiguieron Salazar y Gonzalo de Mendoza para alcanzar con Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Martínez de Irala y Ñuflor de Cháves, sus mejores epígonos, ríos arriba.

Es gigantesco el esfuerzo que desplegaron estos hombres. Cabeza de Vaca que desembarcará en la isla Santa Catalina pasó a tierra firme y buscó por ella el camino que le uniera

con Asunción, cumpliendo una tarea verdaderamente titánica. Descubrirá el Iguazú y lo vadeará con Ñuflo de Chaves cargando sus canoas. Las pendencias e intrigas suscitadas por la ambición de Irala determinaron su caída y prisión en cuya condición se lo envió a la metrópoli. Las exploraciones del enérgico Irala, sus fracasos como el de "mala entrada" y, a pesar de las adversidades, su empeño a voluntad de volver a iniciar reconocimientos y exploraciones en el Pilcomayo, el Chaco y la penetración por el río Paraguaya a los llanos de Chiquitos, la búsqueda del Rey Blanco, la Sierra de la Plata y el Gran Moxo o El Dorado, le dan perfiles de distinción entre los conquistadores de América. Tuvo marcada simpatía por Ñuflo de Chaves al que servía y cooperaba con gran habilidad, otra de las más destacadas figuras de la época.

Asunción se había convertido en centro de las hazañas de la cuenca del Plata, y en ella se tejía la política de expansión imperial de España por las llanuras, a tiempo que se vigilaba la siempre codiciosa penetración lusitana. Las revueltas y golpes de mano, que se producían en Asunción, casi se convirtieron en modalidad. A la caída de Alvar Núñez, seguirían desabrimientos que lastimaron a Irala y que mostraron la índole díscola de los guerreros y exploradores íberos, similar, si bien se ve con la que mostraban en el Perú y Charcas. Cuando Manso y Garay llegaron a las planas das boscosas ya había mucha historia corrida por el lado del Paraguay.

El escenario de las riesgosas tareas, de uno y de otro lado, se encontraba situado entre el Alto Paraguay, sin límite al norte, y la codiciada Sierra, o sea la cordillera "oriental" de los Andes, hacia el oeste; incluía toda la región del Chaco, limitada por el Pilcomayo. Estos territorios formaban parte de lo que hoy son los departamentos de Santa Cruz de la Sierra, y parte del Beni, así como las zonas chaqueñas de los departamentos de Chuquisaca y Tarija, en la hoy República de Bolivia.

Los conquistadores del Río de La Plata tuvieron noticias que por esas tierras había transcurrido el mitológico portugués Alejo García, cuyas andanzas -ni reales ni veraces- fueron inventadas por sus compatriotas para problematizar derechos.

Destaca en la conquista de los llanos el capitán Ñuflo de Chaves que junto con Irala, se esforzaron por ganarlos para España.

El año 1537 Juan de Sala zar fundó Asunción, que se convirtió en centro generador de las exploraciones Paraguay arriba. Desde la búsqueda de Ayolas, en las que intervino el fundador y luego Gonzalo de Mendoza, Alvar Núñez Cabeza de Vaca e Irala, con la fundación de algunos puertos -Candelaria, Los Reyes, San Fernando- se puede apreciar que el problema fundamental de todos estos intentos se trocaban en frustraciones y retornos al punto de partida, debido a falta de abastecimientos. Realmente el hambre y la ausencia de provisiones era obstáculo obsesionante y principal factor de muchos fracasos. Es en estos intentos, que destacan las condiciones de excepción del capitán Ñuflo de Chaves que, como hemos visto, participa con el adelantado Alvar Núñez, para proseguir luego con Irala y finalmente realizar, por propia capacidad e iniciativa la conquista y poblamiento de vastas regiones que incorporó a la civilización cristiana.

Irala realizó exploraciones tentativas el año 1542 en los Xarayes, para luego con Alvar Núñez insistir en idéntico propósito y en la misma región. A la caída de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en abril de 1544, fue Irala, empujador del motín, quien asume el rango de gobernador "provisional". El año 1545 envió a Ñuflo de Chaves con cincuenta españoles hacia el Alto Paraguay para que descubriera "el camino de los Mbayás", instrucciones que fueron cumplidas satisfactoriamente "sin perder cristiano" (29). Después de esta expedición Chaves explora el río Paraguay Pilcomayo en 1546 con un acompañamiento de treinta hombres.

Tras estos trabajos iniciales Irala organizó su ambicionada expedición al Perú (1547). Dejó como su teniente en la gobernación a Don Francisco de Mendoza y llevó como su segundo a Ñuflo de Chaves. Los preparativos habían sido cuidadosos y la jornada fue realizada con acopio de bastante gente y pertrechos. Se embarcaron en Asunción 250 españoles, entre los que se contaban 27 jinetes y 2.000 indios de servicio. La flota era numerosa en canoas y bergantines. En San Fernando se había preparado lo necesario para la entrada. Estuvieron en tierras de los

Tomacocis y de los Corocotoquis donde levantaron el primer campamento. Desde esa zona Irala despachó a Ñuflo de Cháves hasta Los Reyes en el Perú, para ponerse a órdenes de La Gasca, en los alborotos surgidos por el alzamiento de Pizarro. Cháves llegó a Charcas y de allí, con sus compañeros de viaje, apenas con un pelotón entre los que se encontraba Miguel de Urrutia. Esta misión, peligrosa por mil razones, y de increíble y feliz realización muestra a estos hombres de acero, formados para soportar cualquier clase de trabajos. Recorrer a caballo, regiones plagadas de indios bravos y sin amparo alguno, descubriendo a cada paso la ruta y recorriendo distancias enormes e inexploradas, muestra desde ya el temple de sus realizadores.

El presidente La Gasca los acogió con alegría y hospitalidad. Lo más que prometió el Pacificador fue poner remedio a la situación con el envío a prisiones a España del adelantado Núñez Cabeza de Vaca. Cháves después de permanecer un tiempo en Lima regresó a lo de Irala con un refuerzo de hombres montados, que le dio La Gasca. Irala, entre tanto había sido forzado por sus capitanes y soldados a regresar a la Asunción. Ante esa imposición resignó el cargo y puso en su reemplazo a Gonzalo de Mendoza, que llevó la hueste hasta San Fernando para embarcarse rumbo a la capital paraguaya. Allí tuvieron noticias de las revueltas y perturbaciones producidas en Asunción. Corría el año 1549 y las tropas y oficiales de Irala determinaron reponerlo en los mandos debido a que respetaban su energía y lo consideraban como el único que podía poner orden en los conflictos de la gobernación.

En Asunción gobernaba el capitán Abreu luego de haber degollado a Francisco de Mendoza, que por torpes juegos políticos, había conducido las cosas hasta perder su interina posición y su cabeza. Cuando Irala, a quien daban por muerto con su gente, como ocurrió con Ayolas, apareció ante Asunción, Abreu y algunos parciales suyos se internaron en la selva. A todo esto Cháves que retornaba desde el Perú no encontró a Irala por lo que siguió hasta la capital, donde al llegar ya estaba nuevamente afianzada la situación de su jefe y amigo. Su regreso tuvo gran importancia para Cháves pues tomó por esposa a la hija del ejecutado, Elvira Mendoza, por lo que usó de sus influencias para perseguir implacablemente al huído Abreu y sus parciales.

Por entonces se anunciaba la llegada de Juan de Sanabria que, como tercer Adelantado en el Río de la Plata, debía salir de España con la misión de asentar y poblar, más que conquistar; se comprometió a traer al Nuevo Mundo doscientos cincuenta soldados y cien familias de colonos, con herramientas, semillas y otras facilidades. Entre las gentes reclutadas habían artesanos y familias de labriegos; así como varios frailes catequistas. Sanabria había contraído matrimonio con doña Mencia de Calderón, mujer linajuda y de gran energía, que figura en la historia de la expedición como parte principal. Su marido, designado Adelantado, murió antes de hacerse a la vela, por lo que su hijo Diego heredó el mando de la jornada, por reconocimiento expreso de las autoridades metropolitanas (1550).

Apremiado por el Consejo de Indias y la Corte, Diego de Sanabria preparó el viaje para lo que compró y alistó dos bergantines y una nave llamada San Miguel. En esa flotilla despachó a doña Mencia y al capitán Juan de Salazar, que enviado a España con Alvar Núñez quedó libre de toda acusación y fue designado tesorero real del Río de la Plata. Diego no marchó en esa expedición y quedó en la península hasta nueva oportunidad. Embarcaron el 10 de abril de 1550 y luego de diversas peripecias llegaron a Santa Catalina en diciembre del mismo año, desde donde doña Mencia empezó a disponer y a ordenar por cuenta de su hijastro ⁽³⁰⁾.

El tercer Adelantado tardó año y medio en embarcarse desde España y seguir a la primera expedición. Su viaje fue desastroso, ya que naufragó en el Caribe. Pasó por Panamá rumbo al Perú desde donde intentaba trasladarse a la sede de su gobierno en Asunción. La verdad es que quedó en Potosí, aficionado a las minas, y perdió el derecho a las capitulaciones que le había otorgado la corona. En su reemplazo se designó a Domingo Martínez de Irala, que ya ejercía poder hacía varios años en dicho reino. Tanto doña Mencia como Irala, conocieron las nuevas después de mucho tiempo.

Irala proseguía con su labor de conquista y fundaciones. El capitán Juan Romero fue enviado a levantar población en la orilla izquierda -costa oriental- del estuario, pero ante la feroz

reacción de los bárbaros tuvo que replegarse (1552). En el mes de agosto de 1551, llegó a la Asunción Cristóbal de Saavedra que había sido enviado con cinco soldados por tierra por doña Mencía para pedir socorros y dar cuenta de su propósito de arribar a San Gabriel, donde esperaba el auxilio. Irala suspendió de inmediato su entrada al Alto Paraguay y envió ayuda por medio de Ñuflo de Cháves en varios bergantines (septiembre de 1551), sin que hallara nadie en San Gabriel. Construyó depósitos para los víveres y regresó. Irala prosiguió con el envío de asistencia.

El año 1552 llegó a la Asunción Hernando de Salazar quien llevó la noticia que Sanabria no llegaría y que su familia se encontraba al sur; también supo Irala de su confirmación como gobernador, por lo que se aprestó a realizar una nueva expedición hacia el Pero, sin abandonar los requerimientos de doña Mencía para su cooperación.

Dicha expedición se realizó el año 1553, teniendo como base de operaciones San Fernando, desde donde se destacó a Cháves con dirección a Chiquitos, de allá tuvo que volver debido a dificultades sin cuento, entre ellas el exceso de aguas que impedía la marcha de su gente y la falta de provisiones. Irala, ya con Cháves, en su contramarcha hacia la capital, dominó a los itatines, gente de buena labranza y que se mostraba más bien mansa y tranquila. Esta fue llamada la "mala entrada".

En Asunción las cosas estaban calmadas, desde la muerte de Abreu, pero uno de sus más importantes amigos, Díaz Melgarejo, había fugado de su prisión dirigiéndose hasta San Vicente, donde se encontró con el capitán Juan de Salazar, llegado en los primeros barcos de la expedición de Sanabria y con la familia Becerra. Allí logró amistad con esa gente y luego contrajo matrimonio con Elvira, hija huérfana del capitán Becerra, mientras Salazar se casaba con la viuda, doña Isabel Contreras. Más tarde la hija menor, Isabel, hermana de Elvira, se casaría con Juan de Garay. Después de la "mala entrada" Irala organizó otra expedición que no la pudo realizar por diversas circunstancias. Con todo, encomendó la vanguardia a Cháves, hasta que recién el año 1556 se formalizó la marcha, luego de una serie de idas y venidas de Ñuflo. Irala había dado destino fundacional en el Alto Paraná y otros lugares a Ruy Díaz Melgarejo, que desplegó labor sobresaliente.

El gobernador Martínez de Irala a mediados de 1556 ya estaba en plena campaña expedicionaria. Había dejado como gobernador suplente a su yerno Gonzalo de Mendoza. En esta labor fue sorprendido por una pleuresía, posiblemente agravada por su estado palúdico, lo que obligó su inmediato retorno a la Asunción donde murió el 3 de octubre del mismo año. Con este conquistador desapareció uno de los más brillantes organizadores y enérgicos capitanes. Tuvo la previsión de dejar un gobierno interino, por lo que no se hizo necesario sino confirmarlo y proseguir con la obra del desaparecido Irala ⁽³¹⁾.

Cháves inició su nueva expedición a los Xarayes en 1558 con Hernán de Salazar, como su segundo. Dispuso que parte de su gente fuera por tierra hasta Itatines y él con el resto se embarcó en 24 bergantines, que llevaban armas, semillas, ganado, etc., para poder fundar un pueblo y asentar pobladores. Según Ruiz Díaz, el cronista de estas jornadas y nieto de Irala, Cháves llegado a estos sitios destacó a Salazar con un piquete por el río Aracoay para que diera encuentro a la gente que avanzaba por tierra, pero allí fue emboscado por indios paraguayes y guaxarapos, que ocasionaron un serio quebranto al grupo que sólo se salvó, después de crecidas pérdidas, debido a la habilidad y coraje de Salazar, que en retirada ordenada llegó al puerto de Itatin, para reunirse con Cháves y proseguir hasta el puerto de Santiago donde llegaron en 29 de julio de 1558.

Según el cronista Rui Díaz de Guzmán ⁽³²⁾ Cháves no fundó pueblo en la región, por no encontrarla apta; la verdad es que según varios historiadores Cháves empezó a tomar las cosas por su cuenta y lo que deseaba era internarse en la tierra, bajo diversos pretextos y proseguir la conquista con propio criterio y riesgo sin esperar confirmaciones o mandatos de los gobernantes mediocres de Asunción. Por eso dejó los barcos y se internó horizonte adentro con toda su gente. En su marcha por los Chiquitos encontró tribus amigables que le permitieron abastecerse, para

luego penetrar en llanuras sin límite hasta las primeras partes de los Mojos donde encontraba siempre noticias de que más a occidente hallaría riquezas en oro y plata. Vieja conseja esta que movió desde la época de Caboto a todos los conquistadores rioplatenses. La ilusión de encontrar imperios de fábula, riquezas sin cuento, llenaba la cabeza de estos capitanes de leyendas que, muy al pensamiento medieval, las creían.

En la región de los indios trabasicosis -límites de Chiquitos y Moxos- se detuvieron algunos meses para realizar siembras y reabastecerse; tuvieron, como era de suponer, muchos problemas con nativos hostiles. Las dificultades que se acumulaban en una tierra ignota, con permanente lid, sin mantenimientos y con extensiones tan dilatadas y majestuosas, encogieron más de un ánimo sobre todo al comprobar que las riquezas eran más promesa que realidad. Así pues, con la vieja experiencia de los reclamos a Irala, no faltaron capitanes y soldados que confabularan -Pedro Segura, Gonzalo Casco, Rodrigo de Osuna- para obligar a su comandante a un nuevo retorno a la Asunción. Ante la negativa de Cháves, el motín surgió airado, lo que determinó a éste, para evitar mayores daños, se diera permiso a los motineros para que regresaran al Paraguay. La mitad de ellos teniendo como cabeza a Gonzalo de Casco y un millar de indios marcharon de retorno en 24 de junio de 1549, para tomar naves en los Xarayes y proseguir hasta la capital ⁽³³⁾.

Por entonces había muerto el gobernador interino Gonzalo de Mendoza y el cabildo eligió a otro yerno de Irala. Francisco Ortíz de Vergara como nueva autoridad. El reciente gobernador no tenía ninguna condición para dirigir un centro de activa conquista, colonización y fundaciones como era Asunción y el Río de la Plata. Más adelante veremos los fracasos de su mal seso y débil carácter.

Cháves con un puñado de hombres y en compañía de Salazar, eficiente y noble capitán, reiniciaron la marcha, pero es necesario pensar que a Cháves más que la riqueza y la fábula, le movían dos ideas: una, la de vincular el Río de La Plata con el Perú y Charcas; otra, la de fundar una provincia nueva que pudiera gobernarla sin depender del Paraguay.

La marcha con rumbo al oeste los llevó hasta el Río Guapay, en los llanos de Grigotá. Atravesó el citado río y fundó en 1º de agosto de 1559 el poblado de Nueva Asunción, en la región de los tamacocíes, entre el río Guapay y la laguna de Mapá. Villa que duraría muy poco. En los trámites de repartir encomiendas, de señalar indios de servidumbre y el laboreo de siembras, estuvieron un tiempo hasta que Cháves destacó al capitán Diego de Mendoza para abrir camino hacia la sierra. A ocho leguas de Nueva Asunción topó con gente española armada, que estaba a las órdenes de Andrés Manso y que habían llegado allí desde Charcas. Debió ser grande la sorpresa de Cháves al conocer la noticia. Los dos capitanes pugnaron por sus derechos una vez que se encontraron. Naturalmente alegaron cada uno por su lado y razones no les faltaban. La verdad era que Manso llevaba poderes y autorizaciones del virrey del Perú, Hurtado de Mendoza. Manso tenía además mayor cantidad de tropas, lo que obligó a Cháves a tratarlas y a evitar un choque. Luego de duros y acres lances de palabra, determinaron entre ambos un **statu quo**, por el cual Manso quedaba donde estaba y con las tierras que había explorado en el Parapetí. La fundación de Nueva Rioja le fue reconocida. Manso quedó en Barranca a cargo de la gente hasta tanto Cháves que con Sala zar se dirigieron a Lima, dilucidaran derechos.

A su arribo a esa ciudad Cháves se entrevistó con el marqués de Cañete, el que según Groussac los trató "con marcada benevolencia, ya por sus prendas personales, ya en razón según se dijo, de un lejano parentesco". Parece que eran primas del marqués la esposa de Cháves y la de Salazar, por su apellido Mendoza ⁽³⁴⁾.

El virrey del Perú, cuya áspera disposición se conoce por los castigos y disciplinas que impuso durante su gobierno era, además, gobernante de lo que se creen dueños de pueblos, gentes, territorios y destinos siempre sujetos a transitoria autoridad. Encontró muy cómodo desautorizar a Manso, designar gobernador del Río de La Plata ¡nada menos! a su hijo García de Mendoza y Manrique que ya lo era de Chile. En esta forma el déspota, ponía al arbitrio de su familia -de él, diremos- un vasto imperio: el virreynato del Perú, con Charcas y Tucumán, la

gobernación del Río de La Plata y la gobernación de Chile. Cháves sacó en limpio de todo esto su designación como teniente de gobernador. A Salazar se le dio el cargo de alguacil mayor de las nuevas provincias (1560) ⁽³⁵⁾.

Ya hemos visto cómo entre los capitanes de Manso estaba Juan de Garay, a quien volvemos a encontrar en estas circunstancias. Al llegar de regreso, con refuerzo de tropas reclutadas en Los Reyes y Charcas, el capitán Ñuflo de Cháves, tomó provisiones en su campo en Nueva Asunción y no pudo llegar a un entendimiento con Manso. No hizo falta recurrir a la violencia, aunque a ello estaba dispuesto Cháves. El pregón de las provisiones virreynales determinó a la gente de Manso no seguir en el desacato que pretendía su capitán. Muchos soldados de Manso y varios oficiales, entre los que se encontraba Garay, pasaron a filas de Ñuflo, más que nada por no caer bajo la sindicación de rebeldes contra el virrey a quien hartamente conocían... Tanto Cháves como Salazar prendieron por sorpresa a Manso y lo despacharon de inmediato a Charcas. Manso a poco se escapó y regresó a su asiento de Nueva Rioja. Como es de suponer la situación volvió a enturbiarse y si bien no se llegó a un enfrentamiento sangriento e inútil, los pleitos ante el virrey, por entonces el conde de Nieva, fueron permanentes hasta que, fundada la Audiencia de Charcas, su primer presidente Ramírez de Quiñones en 1563, hizo una delimitación personal -viajó hasta la zona en litigio- por la que se adjudicaba a Manso el sur del paralelo 20° que comprendía lo que hoy son el Chaco boliviano, paraguayo y argentino, y el norte a Cháves, con los territorios de Moxos y Chiquitos. Ambos dos capitanes fueron hasta la Plata en Charcas, donde sellaron su acuerdo con la división y se aseguraron amistad y paz perpetua.

Al poco tiempo de su regreso, Manso fue muerto en 1564 por los chiriguano en traicionero ataque a Nueva Rioja en el Parapetí, Cháves, arreglados sus pleitos, siguió con la exploración, dejando a Salazar en las márgenes del río Grande. Con ochenta hombres prosiguió hacia el noreste en son de conquista y fundaciones. A cincuenta leguas de la Barranca, halló un paraje de serranías y lagunas que según su descripción era "un lugar cómodo, de grandes labranzas y comidas frutales y pesquerías y cazas, en donde en nombre de Su Majestad y del ilustre Señor don García Manrique, fundó la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, y encomendó los naturales a los noventa vecinos pobladores de ella". (26 de febrero de (1561) ⁽³⁶⁾.

La fundación de esta ciudad desprendió a Cháves de la jurisdicción paraguaya. De acuerdo a la cédula real de 1563, quedó como parte integrante de la Audiencia de Charcas.

Juan de Garay que, como hemos visto, engrosó el campo de Ñuflo de Cháves, figura como uno de los primeros pobladores de Santa Cruz, de la que fue regidor y por ello formó parte del primer cabildo de esa ciudad. Quedó allí hasta 1568, no sin antes haber prestado varios y señalados servicios a su comunidad. Influyó en la petición de mercedes para la ciudad al virrey de Lima. Garay iba cultivándose como futuro caudillo, en la vida misma. Traía de las sierras la experiencia del crecimiento y fundaciones como Potosí, núcleos de pujante prosperidad. Había realizado entradas a Tucumán, al Chaco y al lado de Cháves iba tomando enseñanza de energía y decisiones.

En realidad con la esforzada conquista y asentamiento de gente que realiza Cháves, se vuelve a producir un fenómeno curioso en los anales de la conquista del Río de La Plata: la atracción hacia el norte. Buenos Aires y otras ciudades cedieron paso a la influencia de Asunción. Con la muerte de Irala y la vigencia de gobiernos de opereta en el Paraguay, Santa Cruz se convierte en centro de enlace de los pobladores ribereños de los ríos con la Sierra. En ella más que vivir como colonos, les interesaba la aventura y conquista de riquezas. Por eso veremos como Cháves procurará engrandecer su provincia. Para tal objeto tramó el separatismo del Paraguay, induciendo a ese paso a los pobladores de Asunción. Por entonces allí estaba de obispo La Torre, fraile pendenciero y politiquero, que lejos de cumplir labor pastoral, encendía la mecha a todos los bochinches y aventuras. A la sazón Cháves había escrito cartas avisando las facilidades que ofrecía Santa Cruz y tal semilla cayó en suelo abonado. Tanto el obispo como varios principales, con la anuencia pasiva del gobernador, habían decidido realizar una expedición a Charcas por las márgenes del río Pilcomayo y fundar población a unas cuarenta leguas de Asunción. El proyecto era apoyado y aplaudido y se llegó a establecer penas contra los que se

opusieron. Se designó a Díaz Melgarejo para que encabezara la marcha. Habían como setenta españoles y cuarenta jóvenes, hijos de ellos, afiliados y dispuestos a llegar a Charcas. Dificultades de una u otra especie marchitaron dicha empresa, para ser sustituida por una excursión por el río Paraguay al norte. Se determinó finalmente que fueran como exploradores de la situación unos cuantos españoles con el factor Dorante y Cristóbal de Saavedra en el mando. No pudieron pasar de Itatin debido a una creciente muy grande que anegó como veinte leguas las tierras ribereñas. Dorantes envió carta a Nuño de Chávez por medio de un indio que en canoa se internó por los enormes rebalses. Chávez no contestó, vino en persona con un grupo de los suyos, entre los que se encontraba Juan de Garay. El cronista Ruí Díaz cree que Chávez iba a la Asunción a recoger su familia, cuando en verdad eran políticas sus intenciones. Llegó donde su esposa después de siete años de ausencia, (Febrero de 1564).

Chávez dejó a la mayor parte de su gente en Santa Cruz, pero contaba con muchos amigos y era popular en Asunción. Luego de una enfermedad de la que casi muere, explicó las razones de su llegada. No olvidemos que también tenía enemigos, entre ellos los que desertaron y los adictos de Abreu. Les dio razones cabales sobre las ventajas de Santa Cruz sobre cualquiera otra de los Xarayes y les propuso que sea por su distrito el itinerario a Charcas. Produjo entusiasmos. Gentes afectas al obispo La Torre, el factor Dorantes y el propio cabildo declaráronse partidarios de la gran expedición. En realidad fue un verdadero éxodo, que Chávez empujaba ayudado por sus segundos, entre los que estaba Garay. Parece ser que en esa época y lugar también se realizó el matrimonio de Juan de Garay con Isabel Becerra, cuya hermana estaba casada con Díaz Melgarejo. Fue pues un viaje de gran significación para el futuro refundador de Buenos Aires ⁽³⁷⁾.

Demoró algo así como seis meses preparar la expedición que concitó entusiasmo -siempre alucinaban las entradas- y para octubre del año 1564 inicióse la marcha. Más de la mitad del pueblo de Asunción se trasladó, unos trescientos españoles, con el gobernador oficiales del rey, capitanes, obispo, procuradores y principales vecinos, además miles de indios y muchos mancebos. Parte iban embarcados en la flota que se había construido y aparejado en número de 18 naves y centenares de canoas, mientras otros viajaban por tierra llevando setecientos caballos y yeguas. Pasado el Itatin Chávez tomó a su cargo toda la autoridad y trató con desdén al gobernador que era "el único que no sabía por qué ni para qué se metía en la aventura" ⁽³⁸⁾.

Quedó como suplente del gobernador en Asunción, Juan de Ortega. La expedición llegó a Santa Cruz, luego de áspera travesía, en mayo de 1565. Deplorablemente en Santa Cruz, debido a un alzamiento de indios en los contornos, se carecía de todo, así que al viaje cargado de penalidades, se sumó la estrechez de abastecimientos en el poblado. ¡Sobre lo mojado, llovido! Garay, llegó con su esposa joven y aguerrida, si estamos a las pesquisas de Groussac sobre su matrimonio. Ante tanta aflicción correspondió a Chávez poner remedios. Luego de diversos combates, en especial con los chiriguano, que fueron vencidos, se reestableció la comunicación con Charcas. Ortiz de Vergara que deseaba ir a la Plata fue juzgado por los segundos de Chávez que no lo dejaron mudarse, simple y llanamente. Se tardó un año en "permitir" su viaje hacia la Real Audiencia de Charcas, en La Plata. Nadie quiso acompañarlo y no se notó en Chávez ninguna intención de protegerlo. Con sesenta soldados, el obispo y los oficiales reales emprendió su dura peregrinación. Es de notar que la tierra estaba alzada y que apenas se había logrado dominarla en las proximidades de Santa Cruz. El camino por el gobernador se mostraba cargado de acechanzas y peligros, pero aún así logró llegar a La Plata, donde encontró nuevos sinsabores. Oficiales reales, y amigos de Chávez habían enviado comunicaciones a los oidores, de suerte que el gobernador estaba desamparado de adictos e intrigado por los cuatro costados. Los cargos eran por mal manejo de su gobernación en el Paraguay. Ya hemos visto la destreza en la intriga contra los gobernadores y la socarrona complacencia de las autoridades superiores y consejiles, más si eran audienciales, para crucificar al inculpado... (a quien le caía ancha la responsabilidad de gobernar!!). De lo que más se le acusaba era de haber sacado de la cuenca del Río de la Plata a tanto español e indio de servicio, con gran costo de la hacienda real...!, según nos relata, en su Argentina, el cronista Ruí Díaz de Guzmán.

El litigio se prolongó hasta el año 1567 del que salió Vergara limpio de culpa y pena, pero sin la gobernación que se la entregaron a Ortíz de Zárate, con el paliativo de mantenerse en ella hasta que el rey confirmara el antedicho nombramiento. Vergara, desde el Perú, viajó a España a defender sus derechos en el año 1568. Por ahí figura en intrigas en favor de Ortíz de Zárate, Felipe de Cáceres, designado teniente de la gobernación del Paraguay por el futuro adelantado. Su nombramiento en el interinato de ella produjo mucho descontento entre todos los del éxodo y también entre los que quedaron en Asunción.

Cáceres, ya con la autoridad delegada y debido a que Ortíz de Vergara también iba a España, apresuró su retorno a Santa Cruz y preparó el regreso de la gente al Paraguay. Muchos de los expedicionarios quedaron en Santa Cruz de la Sierra. Bien entrado el año 1568 se inició la marcha de vuelta. A la cabeza de la columna con un destacamento de protección y como avanzada, iba el capitán Juan de Garay a quien el gobernador interino Cáceres, había nombrado su segundo, Cháves acompañaba con una pequeña escolta a la retaguardia. Diligente en el trato con los indios y en procura de que no tuvieran hostilidades los asunceños, se adelantó con una ligera fuerza de 15 hombres a un pueblo de indios amigos. Para asegurar su lealtad, confiado se acostó en una hamaca, desde donde conversaba con los caciques y para reposar mejor se quitó la celada de la cabeza. Un indio se dio modos sin ser visto, para descargar un gran golpe con una masa en la testa del conquistador que quedó muerto en el acto. Un corneta que huyó, por milagro, dio aviso y si bien se hizo gran escarmiento, nadie podría reponer la figura y personalidad de uno de los más grandes capitanes de la conquista.

V

Al llegar a Asunción, Cáceres hizo valer las provisiones que traía desde el Perú, y en función de su cargo de gobernador interino, designó Alguacil mayor de la provincia al capitán Juan de Garay (19 de diciembre de 1568), para que ejerciera su autoridad: "ansi en esta ciudad de la Asunción como en todas las otras ciudades, villa e lugares que están poblados e se poblaren de aquí adelante... de la forma y manera que le ussan y exercen los alguaciles mayores de los reynos del Piru..." (39).

Cáceres, con el apoyo de Garay inició una etapa de pacificación de los indios, para lo que realizó excursiones en un perímetro de 40 leguas a la redonda, bajo su dirección, razón por la cual dejó el mando en manos de Martín Suárez de Toledo (31 de julio de 1569). Estuvo por el Acaay y el Tibucuarí durante algunos meses, con ligeras incursiones en el Paraná. A su retorno a la Asunción, organizó una nueva excursión por el Paraná bajo, para lo cual preparó una flota ligera de dos bergantines y llegó hasta el estuario del Río de La Plata. En realidad Cáceres creía que en esos bordeos encontraría la flota del adelantado Zárate, el que en realidad recién preparaba su viaje en puerto español. Parece ser que no le acompañaba Garay, de cuyas actividades no se sabe, en esa oportunidad, por lo que habrá que pensar que estaba dedicado al desempeño de su cargo a cabalidad. Reconocieron el Carcarañá y pensaron repoblar **Sancti Spiritus**, asiento que fuera de Caboto.

Realmente desde los tiempos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, no se habían activado las acciones por el Paraná, I ya que todo el ardor de conquista y colonización estaba puesto en el Alto Paraguay y los llanos, como ya se ha visto.

Uno de los últimos empeños del adelantado Núñez Cabeza de Vaca fue el socorro que envió a los que estaban en Buenos Aires, según se ve en sus **Comentarios**: "Como las cosas en paz y quietud, envió el gobernador a socorrer a la gente que estaba en Buenos Aires, y al capitán Juan Romero, que había enviado a hacer el mismo socorro con dos bergantines y gente; para la ayuda se acordó enviar al capitán Gonzalo de Mendoza con otros dos bergantines cargados de bastimentos y cien hombres..." (40). Posteriormente la presencia de doña Mencia de Sanabria dará cierta actividad a esa zona, pero es con Cáceres y Garay que empieza lo que podemos llamar una política de afianzamiento de las costas y tierras ríos abajo, hacia el estuario. Así Asunción reasume su función de eje del dominio de la cuenca.

Por supuesto no podía faltar la intriga contra Cáceres, tanto más si la llegada del adelantado Ortiz de Zárate se atrasaba más allá de lo previsto. En Asunción existía ya una experiencia, diremos tradición, del golpe de estado, por lo que el obispo La Torre, con bríos de buen franciscano, más con vocaciones de capitán que de prelado, tramó y organizó la oposición con miras a su destitución y enjuiciamiento. Sabida es la malquerencia entre La Torre y Cáceres, Venía de años atrás, de los tiempos previos al éxodo al Perú, de las intrigas en la Audiencia de Charcas y en Los Reyes, de la acusación fracasada del clérigo contra el entonces contador de haberse birlado diezmos reales "jugados y gastados con mujeres enamoradas". En fin, la repulsa entre ambos empezaba a tener pátina por lo que la conjura no podía ser sorpresa para nadie, Garay que la conocía seguramente la hizo saber a Cáceres; su cargo de Alguacil Mayor, obviamente, le permitía advertir los trajines; trajines, por lo demás, que no se cuidaba de disimular el mitrado.

Apenas llegado a la Asunción, tomó precauciones contra el deseo de los subvertores que no sólo querían apresarlos, sino juzgarlos bajo las banderas negrerverdes de la inquisición, como "luterano" para excomulgarlo y así mejor disponer su eliminación. El segundo aspecto, a falta de mayores cargos y delitos, por absurdo no podía prosperar, pero la amenaza física contra el gobernador interino podía convertirse en realidad, Por eso en 5 de marzo de 1571, que debía producirse el atentado en la iglesia donde acudía a oír misa Cáceres, llevó gente armada y avisada que impidió la consecución de la intentona. Pasada la ceremonia el teniente de gobernador mandó prender a los revoltosos e hizo ejecutar a Pedro Esquivel. El obispo y sus secuaces buscaron asilo en el convento de La Merced.

Cáceres preparaba con varios capitanes, entre ellos Garay, una nueva expedición por el Río de La Plata, con ánimo de repoblar algunas regiones y ciudades. Para evitar que el Obispo La Torre volviera a sus andadas resolvió llevarlo y luego despacharlo al Perú, por la vía del Tucumán. Esto que hubiera sido un golpe de gracia para el primado, le excitó a urdir una nueva trampa. Pidió al gobernante perdones y comprensión, más si ponía de manifiesto que ya estaba viejo y que su único afán era el de atender pastoralmente al mayor provecho de la religión católica. Cáceres, a pesar de sus recelos, se tragó el engaño. Dejó a La Torre libre y emprendió su segundo viaje al Paraná (1572)⁽⁴¹⁾.

De esta segunda expedición poco se sabe. Lo que más utilidad produjo, fue enseñar y mostrar a Garay las futuras zonas de sus hazañas. Los objetivos que buscaba la exploración eran hallar la entrada por el río Salado, ampliar el conocimiento del bajo Paraná y posiblemente incursionar por el Carcarañá. Groussac hace conjeturas bien fundadas acerca de la presencia de Garay en esa expedición. Afirma que éste cedió su puesto de Alguacil al capitán Pedro de la Puente y que al regreso solicitó ahincadamente que se le permita poblar, a su costa, la región paranaense.

Cáceres exploró la costa santafecina, bajó hasta el estuario pasó por la isla Martín García, realizó algunas incursiones por la ribera uruguaya y también tocó la desmantelada Buenos Aires y varias islas aledañas, donde hizo represiones a los indígenas. Garay, entretanto dentro del plan general reconocía en canoas varios ríos y parajes, lo que le formó una idea clara de lo que en el futuro debía hacer.

Al retorno de la flotilla a la Asunción, acaeció lo que era de preveer. El tenaz obispo y sus amigos habían preparado nuevamente su revuelta. Ella se produjo en la misma iglesia, donde Cáceres pagó tributo a su candidez, al ser apesado con violencia y vociferaciones y con la pérdida de algún leal.

VI

La caída del teniente de gobernador dio lugar a desatar ambiciones, pujos y añagazas para el dominio del gobierno. , A la postre quien tomó de facto los mandos fue Martín Suárez que se hizo elegir y distribuyó prebendas, invalidadas cuando llegó el adelantado Zárate. Aparte del desempeño de sus funciones, buenas o malas, tuvo la virtud de cooperar a la empresa de Garay por el Paraná.

Los preparativos para la expedición de Garay iban parejos con los de la construcción de una carabela en la que se remitiría a España, bajo la custodia del obispo, al ex -teniente de gobernador Cáceres. Garay hizo construir un bergantín y, dentro de las posibilidades más que magras de Asunción, aparejó su jornada. Corrían los últimos meses de 1572. Garay estaba en buenas relaciones con Martín Suárez y si bien fue leal a Cáceres no parece que hubiera estado mezclado con parcialidades en conflicto. La expedición de Garay, hombre bien visto por sus virtudes y seriedad, era necesaria para el Paraguay, ya que esa provincia se encontraba cerrada en la mitad del continente, sin comunicaciones fáciles con España, al extremo que hemos visto ya la influencia que tenía Charcas no sólo por su riqueza sino por su comunicación con puertos del mar del Sur -Pacífico- que les permitía relación con la corona. Por el estuario era difícil la intentona por no tener puertos firmes y poblados donde recalcar y abastecerse para cruzar, en largo viaje, el mar del Norte -Atlántico- Urgía pues realizar fundaciones, colonizar, poblar, aquietar la tierra y relacionar la cuenca del Río de La Plata también con Tucumán y los territorios anejos.

Garay encontró apoyo en Martín Suárez quien le facilitó mucho la preparación de la expedición que solicitara. Garay fundamenta la necesidad de esa jornada en carta que, años más tarde, dirigiera a Felipe II. En algunos de sus párrafos dice: "Después que sucedieron las pasiones del obispo y del general Felipe de Cáceres, se juntaron en acuerdo Martín Suárez de Toledo que después gobernaba y los oficiales reales, y acordaron que me diese comisión para que viniese a poblar un pueblo en estas provincias, así se me dio... Y este acuerdo se hizo, como parecerá por verdad por el calor que yo puse por decir, que abriésemos puertas a la tierra y no estuviésemos cerrados..." (sic) ⁽⁴²⁾.

Si bien Garay no encontró mucho bastimento de armas y materiales para establecer un pueblo, contó con su energía y el apoyo decidido del factor Dorantes. En estas condiciones el 3 de abril de 1573, recibió los nombramientos del mando superior de la armada y el encargo de fundar un pueblo en el Paraná. Se alistaron 84 hombres de los cuales, dice Rubio, 75 eran criollos. Empieza América a actuar con su propia gente que, desde Garay, se formaba y maduraba en el Nuevo Mundo. Capitaneaba ahora una fuerza iberoamericana, que representa la nueva mestización y que la hizo tan diestra en el caballo como baquiana en la tierra. La flota de Garay constaba de ocho barcas grandes, un bergantín y varias balsas. El 14 de abril partieron de Asunción. Garay iba en el bergantín, la flotilla llevaba tropa y bastimentos mientras otra gente marchaba por tierra con ganado. Pronto llegaron a la altura del arroyo Feliciano, donde Garay se despegó de la carabela obispal que siguió su propio destino, mientras él desembarcó con gente en la ribera derecha del Paraná ⁽⁴³⁾. Este desembarco se estima fue a fines de mayo del mismo año. Allí esperó a los troperos que arreaban ganado y al arribo de estos exploró durante un mes la región de los mecoretáes. En esos lugares escogió un sitio para fundar el pueblo de Santa Fe, que está a 12 leguas al nordeste de la ciudad moderna y que toda-vía se denomina "pueblo viejo"⁽⁴⁴⁾. Se trasladó ochenta años más tarde donde ahora está.

Mientras Garay dispuso se iniciaran los trabajos de la fundación, él a bordo del bergantín, con unos treinta hombres armados exploró y trató con diversas tribus que estaban asentadas en las márgenes del Paraná. Incursionó por el Carcarañá donde encontró nutrida población-indígena, que no tenía traza de amistad. Rodeado el bergantín y recogida en él] la gente de dos canoas que le acompañaban, se dispuso en condiciones muy precarias a dar combate. Llevó las Cosas hasta donde pudo con prudencia y tranquilidad de ánimo, más los indios lo tenían muy apretado y hubiera sido difícil salir del trance si no aparece milagrosamente en el horizonte un pelotón de caballería española. Los indios se dispersaron y Garay con tal apoyo desembarcó e hizo duro

escarmiento en los atacantes. La gente de a caballo procedía de Córdoba, recientemente fundada y estaba en exploración por órdenes del gobernador de Tucumán, Jerónimo Luís de Cabrera ⁽⁴⁵⁾.

Los dos contingente se separaron, sin que hubiera mayor conflicto de Jurisdicciones. Los hechos lo demuestran así. De regreso de estas andanzas, activó la construcción de edificios, realizó reparto de tierras, empadronamientos y oficialmente fundó la ciudad de Santa Fe el 15 de noviembre de 1573. Estableció de inmediato el cabildo y los límites de la fundación que son comentados por Eduardo Madero en su "Historia del Puerto de Buenos Aires".

La nueva población pasó momentos críticos; mas, no le faltó auxilio desde Asunción. La ganadería y las siembras lograron aliviarla pero no dejó en sus inicios de ser problemática su existencia. Garay alentó en todo momento su fundación y no escatimaba trabajos ni esfuerzos para afianzarla. En esas circunstancias corría el año 1574 y recibió a través de un mensajero indio cartas del Adelantado Ortíz de Zárate. En ellas le pedía socorro y lo confirmaba en el cargo de general de la armada y teniente de gobernador.

El adelantado había tenido muchos problemas en España, para poder organizar su armada y expedición. Son de no acabar los recuentos de sus urgencias económicas y de las advertencias del Consejo que en una oportunidad suspendió el viaje. Posteriormente arregladas las cosas y conseguidas capitulaciones, honores y dineros, embarcó en 17 de octubre de 1572, con 510 pasajeros entre soldados, marineros, mujeres casadas y solteras, artesanos y labradores. Con cinco naves de diferente tonelaje y condición, ninguna de ellas mejor que las otras, fue en despaciosa y fatigante navegación internándose en el océano. Recién en marzo de 1573 se divisó la costa del Nuevo Mundo. Un barco desertó en la costa brasileña y más adelante invernarón en la isla de Santa Catalina donde recalcaron luego que los inexpertos pilotos la habían sobrepasado. Tuvieron que deshacer lo navegado para encontrarla (15 de abril de 1573).

El lugar no tenía mantenimientos, ya que anteriormente había sido saqueado por los portugueses. El gobernador tuvo que poner urgente remedio a la situación. Embarcó con ochenta hombres y se dirigió hasta Mbiacá donde estaba situado Puerto Rodrigo y que en anterior recalada les había proporcionado abastecimientos. La ausencia del adelantado Ortíz de Zárate se prolongó por más de cien días, lo que produjo una angustiosa falta de provisiones en Santa Catalina, por la inepticia del capitán Santiago de Pablo que había quedado como jefe del campo. A los abusos en la repartija del parque de boca, se sumó la indisciplina que relajó la vida y relación de la pequeña y atribulada comunidad. Más de cincuenta personas murieron de inanición y debilidad, hasta la llegada de los auxilios que llevó Ortíz de Zárate.

El 9 de noviembre de 1573 la flota abandonó Santa Catalina y singló al Río de La Plata, llegando al estuario a la semana y media. El 26 de noviembre arribaron a San Gabriel. Como las desgracias no vienen solas, un fuerte temporal hizo encallar las dos naves principales. Este hecho obligó a toda la expedición a quedar en la isla por un prolongado tiempo; sin embargo, eso les permitió tomar contacto con indios guaraníes en procura de alimentos, según lo comprobó Graussac. Durante esa permanencia llegaron a manos del adelantado los documentos que había dejado en la isla el obispo La Torre y Díaz Melgarejo, por los cuales se enteró de los sucesos y al mismo tiempo supo que Juan de Garay estaba en el Paraná poblando y asentando gente en la tierra. Es entonces que le envió la comunicación a la que ya hicimos referencia. El adelantado y su desgraciada expedición se habían asentado ya, mientras durara la llegada del auxilio de Garay en la zona septentrional de la embocadura del Río de La Plata. Allí Ortíz de Zárate tuvo choques sangrientos con los feroces indios charrúas, que mataron con engaños a cerca de cuarenta y dos españoles. De nada valieron las represalias, pues por su frágil situación tuvo que retirarse a la isla de San Gabriel, donde estuvo a la defensiva (6 de enero de 1574). A fines de enero llegó inesperadamente la carabela de Ruí Díaz Melgarejo, que por la muerte del obispo, decidió regresar mientras enviaba a Cáceres en otra nave hasta España, en procura de dar encuentro al adelantado, de quien supo que estaba en Santa Catalina o más allá por noticia que le dieran en San Vicente tripulantes de la nave desertora; prosiguió hasta San Gabriel.

Ruí Díaz Melgarejo, experto en andanzas por el Río de La Plata, hizo que la expedición se trasladara a la isla de Martín García, donde debido a su energía y diligencia mejoró la situación. El adelantado Ortíz de Zárate demostró incompetencia y confusión, por lo que el capitán Díaz Melgarejo se convirtió en virtual jefe de la jornada. Exploró las islas del estuario, liberó a españoles prisioneros de los indios, consiguió vituallas y finalmente encontró a la expedición de Garay, que llevaba los auxilios pedidos, a Ortíz de Zárate. Los dos capitanes se separaron llegando primero Díaz Melgarejo, mientras Garay batía a los charrúas en algunas secciones y liberaba, él también, a prisioneros peninsulares, caídos en poder de los indios.

Agrupados todos estos elementos con los de Zárate se fundó una ciudad en mayo 30 de 1574 a la que se dio el nombre de San Salvador. Se la situó en la margen izquierda de la desembocadura del río. Allí se estableció el adelantado Ortíz de Zárate y oficialmente confirmó a Garay como teniente de gobernador y Capitán General de todas las provincias del Río de La Plata. No en vano los méritos de Garay y el viejo conocimiento que de él tenía, inclinaron al fatigado gobernador a tomar esas medidas. Martín Suárez de Toledo, quedó como teniente de gobernador de la Asunción, por lo que Garay le superó en jerarquía.

El 14 de diciembre de 1574 hizo velas Zárate en compañía de Ruí Díaz Melgarejo. Dejó cincuenta hombres en San Salvador y luego de visitar Santa Fe, prosiguió viaje hasta llegar a Asunción el 8 de febrero de 1575. Allí tomó solemne investidura y recibió general acatamiento. Dispuso el viaje de Garay con abastecimientos para Santa Fe y San Salvador y, además, le dio la delicada misión de ir hasta Charcas, por Tucumán, para arreglar límites con el gobernador de esa provincia y traer ganados por esa vía desde La Plata y Tarija, para incremento de la pecuaria en territorios de su gobernación. Además le hizo el encargo muy personal y reservado de traer consigo a su hija que residía en La Plata, e instalarla en San Salvador o donde sea mejor.

A Díaz Melgarejo le encomendó la gobernación de Guairá, lugar donde dicho capitán había demostrado capacidad y coraje ejemplares.

La labor del adelantado en procura de levantar el progreso de su gobernación se limitó a pequeñas fundaciones, que no prosperaron, como la de San Salvador, a dictar normas, de intervención y ordenamiento en el sistema administrativo y, tal vez, lo mejor que hizo fue destacar y otorgar responsabilidades a Díaz Melgarejo y a Garay, capitanes distinguidos por su honesto y viril esfuerzo.

Zárate que estaba dañado en su salud, estableció como heredera de sus bienes en España, Charcas y Río de La Plata a su hija Juana. También de sus derechos a la gobernación, debido a que el rey se la otorgó por dos vidas abriendo camino para quien con ella desposase logre esos mandos. Como reza su testamento: "...casándose, como Dios Nuestro Señor será servido que se case con tal persona que como caballero pueda gobernar y gobierne, conquistar y pueble estas dichas provincias y gobernación, y administre la justicia real..." También designó, en caso de muerte de su hija, como sustituto en la herencia de la gobernación, a su sobrino Diego de Mendieta, quien a tiempo de la muerte de Zárate y por no estar presente doña Juana, se hizo interinamente cargo del gobierno. El joven Mendieta era hijo del hermano del desaparecido adelantado, tenía veinte años y había nacido en Charcas. Estuvo con su tío en España a donde le acompañó en 1568. Lógicamente no era la persona indicada para reemplazar en tan alta responsabilidad a Ortíz de Zárate.

El nuevo gobernador confirmó a Garay en los cargos que le había conferido el finado Ortíz de Zárate. Mendieta, actuó con desparpajo y ausente de la obligación testamentaria de acudir al buen consejo, por lo que marginó a Martín de Orué. ⁽⁴⁶⁾.

Garay se preparaba para su viaje a Charcas, por Tucumán, a fin de llegar a acuerdos con el gobernador de dicha jurisdicción y luego cumplir en La Plata los encargos de Ortíz de Zárate, para con su hija doña Juana de Zárate. Recibió toda la papelería testamentaria con un poder de

Mendieta, además de informes para el virrey Toledo en el Perú y para la Audiencia de Charcas. Este nuevo viaje formaba parte del periplo de Juan de Garay, quien aparte de problemas de su propia incumbencia, tenía instrucciones de procurar el matrimonio de la rica e importante heredera.

VII

Juan de Garay, gobernador de Santa Fe, partió desde esa ciudad a cumplir sus cometidos en Tucumán, Charcas y Perú, en marzo de 1576. Lo acompañaban treinta hombres armados y con recuas que llevaban abundantes provisiones. Dejó como su reemplazo en la gobernación a Francisco de la Sierra. La expedición se dirigió hacia Santiago de Tucumán por entonces a cargo de Gonzalo de Abreu. La recepción fue cordial y se iniciaron las conversaciones para fijar los límites en cuestión.

Existía, como hemos visto, un problema limítrofe entre ambas provincias, puesto en evidencia cuando se encontraron con Jerónimo Luís de Cabrera en la lucha contra los indios de las márgenes del Coronda.

El gobernador Abreu se dio modos para demorar las discusiones y prolongar la estancia de Garay en su jurisdicción. Estas dilaciones irritaban al fundador de Santa Fe. Por no ser hombre que pierda el tiempo ni que pudiera ser retenido con engaños, aprovechó las tardanzas del tucumano, para arrear ganado, en breve viaje hasta su provincia a fines del año 1576. No demoró mucho y estuvo de regreso en Santiago del Estero en enero de 1577. Al no encontrar al gobernador Abreu, que había realizado jornada hacia Calchaquí, acompañado de Pedro de Zárate, le siguió encontrándolo en San Miguel. De este viaje, fuera de otros pormenores que pasamos por alto, surgió la fundación de la ciudad de San Clemente, en el valle de Salta.

Garay prosiguió viaje a Charcas, en marzo de 1577 ⁽⁴⁷⁾, que alcanzó después de un mes de jornada. Tanto a los Reyes como a La Plata ya había llegado noticia de la muerte del Adelantado, así como información sobre su testamentaría. Garay de inmediato inició la acción legal sucesora, por la que doña Juana de Zárate recibiría abundantes bienes y la... gobernación condicionada a matrimonio. Tenía la herencia, como dicen algunos historiadores, connotación política.

La beneficiaria, doña Juana nacida en Potosí y educada en La Plata, en casa de la familia de Francisco Ceballos, era moza de 16 a 17 años. La Audiencia pronto legitimó sus derechos, en vista del testamento. Los oidores hicieron saber al virrey los alcances políticos de la sucesión y dieron algunos criterios entre los cuales se sugería la inconveniencia del viaje de la doncella al Río de La Plata. Además, por su minoridad se le señaló como curador, hasta el goce de plena capacidad legal, al procurador Saldaña ⁽⁴⁸⁾.

Las intrigas y arterías que se produjeron, en torno al logro de la mano de doña Juana, son dignas de la comedia picaresca. En la trama de los pretendientes no son, ni mucho menos, ajenos, el virrey Toledo y el oidor Matienzo. Ambos empujadores de su ahijado e hijo respectivamente, se encontraron con la inerte actuación de la interesada que era llevada y traída de un lugar a otro, en el juego de intereses. El virrey al ver desvencijada la candidatura de su protegido Antonio Menese, señoritingo limeño, usará muy luego de la autoridad que detentaba. El oidor Juan Matienzo, cercano al prevaricato, sino caído en él, movía alfiles para lograr en favor de su hijo, descrito por él como mozo en que "cabían todas las partes necesarias para el gobierno del Río de La Plata, pues no había más hidalgo en este reino ni en España, ni de más calidad ni mejor jinete ni más valiente e largo e liberal..." (sic) ⁽⁴⁹⁾.

El virrey Toledo, usador de maneras despóticas, ordenó que la acosada huérfana sea enviada a su protección en Lima pero a costa de sus bienes. Ya con anterioridad, y para salvarla de influjos y presiones, Garay había pedido que doña Juana saliera de la casa de los Ceballos, parientes accesibles y dispuestos al favor del licenciado Matienzo. La menor fue puesta en casa de don Fernando de Zárate y de doña Luisa de Bivar. En medio de afanes casamenteros de los

que no sólo aspiraban a fortuna redonda y estable, sino al poder con la posibilidad de un marquesado, se presentó la alternativa recta, honesta y viril de don Juan Torres de Vera y Aragón, noble por familia y por conducta, de destacada y valiente actuación en Chile, en la guerra contra el Arauco, hombre con prestigio logrado y bien ganado, fue quien cayó en gracia de la interesada. Para conseguir su mano, pidió permiso al rey, ya que tenía silla de oidor en la Audiencia y, por cierto, la venía de doña Juana.

La opinión general estaba en contra de las maquinaciones de Juan Matienzo y del barbilindo Meneses, ayudado por el virrey. Los pleitos y mañuelas, desplegadas ante una comunidad sorprendida y pasmada, formaban parte de esa batalla de pretensiones. El licenciado Vera y Aragón contaba con la simpatía de la mayoría. Toledo y Matienzo se pusieron de acuerdo, disimuladamente, para lograr sustraer el precioso tesoro de la influencia charquense.

En el momento de hacer entrega, fieles a las órdenes del virrey, surgió la sorpresa para los de la tramoya. Doña Juana, en presencia de testigos y parientes y del licenciado Gómez Hernández que debía hacerse cargo de su custodia hasta Lima expresó que la provisión virreinal llegaba tarde "por ser muchos días antes, con acuerdo y parecer de mis deudos, determinado de tomar estado escogiendo persona en quien concurren las cualidades requeridas...".

Defendióse de las violencias leguleyescas y logró, pese a renuencias del procurador Diego Caballero, que Gómez Hernández renunciara a su misión. Con apoyo y aplauso general se celebró público matrimonio con el ceremonial de los tiempos, en 3 de diciembre de 1577. Podemos ver, sin sorpresa, que la intriga no pararía. Ante los hechos consumados, buscó nuevos rumbos. Enfiló a la quita de la gobernación al ganador de la partida. No faltó en Vera, hombre acostumbrado a la lucha más que a las taimerías, la ironía, cuando dio cuenta de su matrimonio, al día siguiente de realizarlo, tanto al virrey Toledo cuanto al licenciado Matienzo. Como el enlace se hizo sin licencia real, se alejó del cargo de oidor en la Audiencia a Vera y Aragón. No se amilanó, y justificó su actitud en tal forma y con tal vigor, apoyado además por Garay y otros testigos, que la Audiencia lo reintegró a su seno.

El virrey, escamoteado en sus maniobras, con grande enojo, prohibió a la pareja salir de Charcas y aunque quiso destituir de su cargo en la Audiencia a Vera, éste prosiguió en ella. Los recién casados, para no lastimar sus derechos con un desacatado, aguardaron a que las provisiones se levanten hasta el año 1579. Los historiadores Centenero y Lozano, según Groussac, exageraron las furias del virrey, por influencia de Rui Guzmán, cuando afirmaban que Garay, Vera y Aragón, Zárate y otros fueron amenazados de prisión ⁽⁵⁰⁾. Recién con la sustitución de Toledo por el nuevo virrey Enríquez (1581) Vera que fuera arrestado en Lima, donde fue en demanda de sus derechos, fue puesto en libertad.

Mientras ocurrían estas cosas en Charcas y el Perú, en Asunción el Gobernador Mendieta, que a no dudar debió abrigar pretensiones matrimoniales con su prima, ejercía sumando al desgaire. Si bien hizo aparejar algunas naves para diverso tráfico, las descabelladas y viciosas formas de usar de la autoridad, y el desenfreno en su persona, le concitaron general repudio. Bien puede ser con afán de huída de Asunción o por capricho, organizó viaje a Santa Fe y San Salvador llevando la carabela de Díaz Melgarejo, ya en buenas condiciones, tres navíos y varias barcas, cargadas de provisiones, hizo velas río abajo. Envío por tierra caballos y dejó como su teniente a Luís de Osorio.

Al llegar a Santa Fe envió socorros a San Salvador. Temeroso de un motín, mandó llamar a Francisco de la Sierra, quien se asiló en una iglesia. Mendieta creyó poder capturarlo y cuando estuvo en el atrio del templo fue atropellado por el pueblo, hecho prisionero y obligado a renunciar. De la Sierra, a quien Garay había dejado de gobernador interino de la provincia, recobrada su libertad, dispuso que Mendieta fuese enviado a España con el alcalde Juan de Espinosa, en la carabela, acompañada hasta San Salvador por un bergantín. El proscrito trató de conseguir voluntades, sin lograrlo. Llegado a San Vicente, en la costa del Brasil, recibió apoyo del gobernador para recuperar su posición. Fue abandonado por su tripulación en la costa, con dos acompañantes. Se perdió, sin saberse más de él.

VIII

Para Juan de Garay su viaje por Tucumán a Charcas, confirma sus experiencias en torno a las luchas y trapisondas que se realizaban en las jerarquías del poder, durante la conquista. Había visto las celosas discusiones sobre los límites de jurisdicciones cuando Andrés Manso reclamaba mejor derecho que Nuño de Chaves en los llanos de Chiquitos y el Chaco, había conocido levantamientos sangrientos como los de Pizarro, Girón, Castilla y Godínez en el virreinato del Perú; conocía bien los problemas que suscitó la conquista del Tucumán entre Diego de Rojas, Gutiérrez, Mendoza y Heredia; vivió de cerca los conflictos de Núñez del Prado con los de Chile; en el Río de La Plata, vio los lances políticos que producían conspiraciones, caídas de gobernadores como las de Ortíz de Vergara, Cáceres, y finalmente el derrumbe del vicioso y atufado Mendieta. Su trato con las autoridades de Tucumán, lo mostraron paciente, prudente, maduro, sereno, con fina y acerada energía que no desbordaba en fanfarronadas y desafíos inútiles. Esa misma característica vuelve a surgir en Charcas, a raíz de los problemas que creó la situación de doña Juana. En realidad Juan de Garay mostró su destreza y capacidad política, al impedir que en tan graves circunstancias y rodeado de tormentas, cayera en la disputa de ambiciones bajas, o envuelto en pasiones estériles.

A la ruina de Diego Mendieta, se hizo cargo de la gobernación Luís de Osorio, que había quedado en la Asunción como segundo, a tiempo que se realizaba el viaje del depuesto a Santa Fe y San Salvador. El Consejo de Indias, indudablemente influido por Toledo, nombró sucesivamente gobernadores del Río de La Plata a Vasco de Guzmán y por renuncia de éste a Martín García de Loyola, que tampoco aceptó. El Consejo actuaba sin rumbo y sin brújula. No se pronunció en desconocimiento de los derechos de Torres de Vera y Aragón, hasta que se hiciera mejor análisis y desemboque de la situación de doña Juana. Mantuvo en interinato dicha gobernación y dejó que las cosas transcurran, derivadas de la promesa y palabra real dadas a Ortíz y Zárate, y que Torres de Vera usó con más confortable ánimo debido al cambio de Toledo.

Juan de Garay fue designado teniente de gobernador por Torres de Vera, y también recibió confirmación de alguacil mayor, general y comandante de flota y tierra en el Río de La Plata. La delegación que hizo el yerno de Ortiz de Zárate en favor de Garay, en 9 de abril de 1578, se debía a la prohibición que tuvo de moverse de Charcas, como resultado de las desavenencias con el virrey Toledo que se mantuvo hasta que el rey resolviera sobre el adelantazgo.

El viaje de regreso de Juan de Garay se hizo luego de preparativos en los que ayudó Vera y Aragón y no fue huída ni mucho menos, como lo afirma Centenera en sus crónicas exageradas. Partió para Tucumán y nadie lo atajó, porque no estaba impedido ni existió requisitoria alguna contra él. Su viaje se realizó por Chichas, Humahuaca y al evitar los Calchaquies pretendía pasar de largo hacia su gobernación. Le acompañaba un contingente de tropa muy bien armado y montado. Llevaba los poderes acordados en buena forma y no se puede encontrar que estuvieran fuera de ley, como algunos pretenden, ya que emanaban de fuente clara y de provisiones reales, ejecutoriadas en Asunción al aceptarlas como buenas al arribo del Adelantado. El testamento de Zárate fue además, aceptado por la Audiencia.

Iba pues esta "persona de confianza y discreción -como la calificara Vera y Aragón en su designación- que ha servido a su majestad en la dicha tierra con cargos preheminentes e que de todo lo que se le ha encomendado a dado buena cuenta, e tenía en paz y justicia la dicha gobernación entendiendo en cada cosa con rectitud e bondad..." (sic) ⁽⁵¹⁾. Muy en sus trece, como quien dice, estaba dispuesto a no permitir que los embrollos y maquinaciones de Abreu, a quien bien conocía de subida a Charcas y del que estaba conxvencido, pretendería retenerlo y crearle problemas. Resuelto a llevar las cosas a la violencia, si fuere necesario, decidió cortar el camino y evitar al gobernador. Adquirió ganado y lo llevó en arreo, llegando a Talavera al terminar mayo. Allí el capitán Bartolomé Valero, por indicaciones del gobernador del Tucumán, procuró obstaculizar la marcha de Garay con el pretexto de la saca de ganado. La desavenencia que

pudo derivar en conflicto armado no llegó a mayores debido a la intervención del capitán Mexía Mirabal, que puso soluciones razonables, por lo que Garay aceptó la sugerencia de Abreu, para seguir su viaje por Santiago del Estero y desde ese punto a Santa Fe. Más tranquila la situación, Garay llegó a su gobernación a fines de junio de 1578.

Garay se detuvo brevemente en Santa Fe y continuó viaje a la Asunción donde llegó en agosto del mismo año. Nadie se opuso a sus provisiones y fue reconocido como teniente de Gobernador del Río de La Plata. Recibió el mando superando las intrigas de Abreu que trataba de impedir su encumbramiento. No es del caso analizar los alcances legales de las provisiones de Torres de Vera. La situación se mostró despejada y eso es lo que importa.

Con la diligencia muy propia de su personalidad, Garay dedicóse con tenacidad a organizar su gobierno. Comprendía bien que había llegado a muy alta cima y grave responsabilidad. Su misión era ardua y bien lo sabía. Debía desplegar una gran acción de fundaciones y poblamiento y a ellas dedicó sus esfuerzos. El año 1579 lo ocupó en nuevas expediciones hacia el norte, río arriba del Paraguay. Su objeto era aquietar la tierra de varias sublevaciones que se originaron en las regiones de Ipané y Jejuy. Logrado su propósito en esas regiones, hizo jornada sobre las orillas del río Mbotetey habitada por los indios nuarás. Por sus órdenes, el capitán Ruí Díaz del Melgarejo fundó la ciudad de Santiago de Jerez, población de corta vida por el asedio de los bárbaros. Años después fue reconstruída. Garay envió otra expedición con ochenta hombres al mando del capitán Adame Olabarriga, para que se internase en el Chaco siguiendo el río Pilcomayo, misión que no pudo cumplir sus objetivos debido a las inundaciones y malas condiciones meteorológicas.

Para fines de 1579 Garay estaba nuevamente en Asunción, pero esta vez su meta era la repoblación de la ciudad de Buenos Aires. Estamos conformes con muchos estudiosos de la historia, que este tema ha ocupado muchas avezadas plumas de investigadores. Poco se puede añadir, si no es el relato de hechos casi agotados en su análisis, para destacar la obra más importante de Garay.

Desde el despoblamiento y abandono de Buenos Aires, se hizo sentir en la cuenca del Río de La Plata, la urgencia de dotar de un buen puerto al estuario que, aparte de favorecer la navegación de ultramar, significase el logro de un equilibrio quebrado hacía tiempo en tan vasta cuanto importante región, por el desplazamiento del gobierno e influencia hacia el norte. Asunción, ya lo hemos dicho, se convirtió en centro de actividad política, administrativa, eclesiástica y desde allí se iniciaba toda la acción fundacional, pero se encontraba muy dentro del continente, lo que embotellaba el proceso de expansión y limitaba, por lo menos en los tiempos que nos ocupan, la faena de conquista y expansión. Las marchas al norte, la permanente acción sobre los ríos, por falta de un punto costero, sobre el mar del Norte (Atlántico), que no solamente comunicase el **hinterland** a través de los ríos grandiosos, rodeados de selvas y de incitaciones, sino la realización de avances y conquistas por la llanura gigante, con horizontes infinitos, con tierras feraces y donde ya millares de yeguarizos y caballa salvaje recorría en tropeles la dilatada tierra. El ganado vacuno también se había desarrollado y existían rebaños, que desde la época de don Pedro de Mendoza, se habían reproducido en cantidad. Las costas hacia el sur del océano tampoco estaban exploradas y seguía ignota la región de los Césares o Trapalanda, de la que ya los ilusionados conquistadores del Tucumán habían comentado y buscado. Garay, percibió en toda su grandeza la empresa y por eso, febrilmente, la dispuso en la capital de su gobierno. Esta era necesidad que se había hecho carne en los pobladores del Río de La Plata. Faltaba que de la intención se pase a su dinámico cumplimiento. Garay tuvo la virtud de plasmar una necesidad que se convirtió imperativa, tanto en la metrópoli como en el ámbito de las conquistas sobre el mar del Sur -Pacífico-- Charcas, Tucumán y el Río de La Plata.

Estamos seguros que Garay influyó en las disposiciones que Torres de Vera, estableció en su favor en Charcas. Por ser hombre que conocía las necesidades de la cuenca, es obvio pensar que mostró a su amigo y principal las exigencias de su gobierno señaladas, además, en las provisiones para fundar poblaciones, que el rey diera a Ortíz de Zárate para el mejor cumplimiento de su adelantazgo.

En el año 1580 Garay hace pregonar en Asunción el repoblamiento de Buenos Aires. Empezó a levantar gente voluntaria, con el señuelo de la apropiación del ganado rústico y vacante. Además se ofrecía reparto de encomiendas e indios, así como solar y construcciones en la ciudad puerto. Acudieron sesenta o más hombres, entre los que debemos destacar una mayoría de mestizos hijos de españoles y de indias. Buena parte de ellos deseaban trasladarse con sus familias. Todos debían hacer lo, como era costumbre, a su costa.

Se preparó para la expedición a la carabela **San Cristóbal de Buena Ventura**, dos bergantines, buena cantidad de canoas y balsas. Se llevaría mil caballos y quinientas vacas; los animales debían ir por tierra. Los barcos fueron cargados con herramientas, armas, alimentos, aperos de labranza, etc. La expedición partió de Asunción en febrero de 1580 y Garay fue a Santa Fe en marzo, donde debía culminar los preparativos y lograr que se le incorporaran algunos pobladores más.

En mayo bajó por el Paraná y tomó luego por el río de las Palmas para llegar el 20 de ese mes al antiguo puerto del Riachuelo. Era el día festejado en la Iglesia como el de la Santísima Trinidad y bajo ese signo se bautizaría a la nueva población. Juan de Garay realizó reconocimientos de parajes y zonas donde podía establecer la ciudad y realizar el trazo de sus calles, plazas y fondeadero. Escogió un lugar más alto y al norte entre dos y medio a tres kilómetros de la que eligiera don Pedro de Mendoza. Cumplidos estos aspectos previos, Juan de Garay fundó la ciudad **de la Trinidad** el 11 de junio de 1580, en lo que hoy en día es Plaza de Mayo. En la ceremonia el escribano Pedro de Jérez dio lectura a las provisiones del Adelantado, y Garay plantó la cruz en el solar donde debía levantarse la iglesia mayor, seguidamente designó a los miembros del municipio, habiendo recaído el nombramiento de alcaldes en Rodrigo Ortiz de Zárate y en don Gonzalo Martel de Guzmán, y, designó como regidores a Pedro de Quiróz, Diego de Olavarrieta, Antonio Bermúdez, Luís Gaitán, Rodrigo de Ibarrola y Alonso de Escóbar, quienes prestaron el juramento de estilo. A instancias de Garay, éstos levantaron un palo labrado por "Rollo público", que era la más importante de las actuaciones en toda fundación ciudadana, por ser la representación de la justicia. Dice el acta de fundación "de la ciudad e de todas estas provincias, leste, ueste, norte, sur... y en señal de posesión echó mano a su espada y cortó hierbas y tiró cuchilladas, y dixo que si había alguno que se lo contradiga, que parezca, presentes todas las dichas justicias y Regidores y mucha gente; y no pareció nayde que contradixese y lo pidió por testimonio y doy fe que nadie pareció..." (sic) ⁽⁵²⁾.

Realizada la fundación Garay despachó la carabela a España con noticia de los sucesos. En ella fueron fray Juan de Rivadeneyra, Alonso de Vera, sobrino de Torres Vera y Juan de Salazar (18 de junio de 1580).

Garay distribuyó solares a los pobladores que llegaban a sesenta y seis. Fueron 46 manzanas las que constituían la nueva ciudad ⁽⁵³⁾, entre ellas se destinaron algunas para edificios del gobierno. Según Groussac no hubo repartimientos al sur del Riachuelo, sino al norte. El gobernador del Río de La Plata hito que se consagrara a San Martín de Tours, como patrono de la ciudad. Diseñó el escudo de armas: un águila negra con alas extendidas, con una corona sobre la cabeza y una cruz de Calatrava entre el cuello del ave y sobre su ala derecha. En la parte inferior un grupo de polluelos de águila con los picos abiertos. Este blasón tuvo breve uso. La vida de la nueva población se fue desarrollando con pausa, sobriedad pero con firme vitalidad. Los pobladores, bajo la dirección de Garay construyeron febrilmente su municipio, dispusieron comodidad en el puerto y le dieron, desde su inicio, signo laborioso y emprendedor, que la constituiría más adelante en centro del virreynato y con el correr del tiempo en una de las más opulentas capitales del globo.

Cuando la capital estuvo establecida a cabalidad, su fundador luego de cinco meses de tesonera tarea, se embarcó hacia Santa Fe donde habían sucedido ciertos escándalos y alborotos apenas se ausentó de ella para fundar Buenos Aires. En realidad se produjo un motín contra las autoridades, encabezado por Lázaro de Benialbo, que depuso al teniente de gobernador Simón Jacques, al alcalde Oliveira y encarceló al capitán Francisco de Vera y otros. Se designó gobernador a Cristóbal de Arévalo. Entre los conspiradores victoriosos se produjo una

desaveniencia que terminó con la muerte de Benialbo por mano de Arévalo. Los prisioneros recobraron su libertad y sus cargos, y luego sobrevino la secuela de persecuciones y muertes contra los conjurados. En esas circunstancias llegó a la ciudad Juan de Garay -noviembre de 1580- que de inmediato suavizó los castigos y evitó mayores enconos. Es notoria la intromisión del famoso Abreu, que no se cansaba, desde Tucumán, de crear problemas a Garay, felizmente para todos, en ese mismo tiempo, fue depuesto y sustituido por Lerma. Algunos de los conspiradores en Santa Fe que huyeron a Tucumán fueron enviados presos al Perú, según Manuel M. Cervera.

Avanzado el año 1581 Garay se trasladó nuevamente a La Trinidad con algunos pobladores de Santa Fe, con la intención de realizar una entrada a la región sur. En razón de este propósito preparó la expedición, como sabía hacerlo, con celo y destreza. Reunió treinta hombres entre los que figuraba Hernando Arias de Saavedra, su yerno. En noviembre de ese año se puso en marcha por la llanura, con las costas cercanas a su izquierda. El paisaje no era como el de los sub-trópicos y trópicos, ni tenía la agreste belleza de las montañas y altiplano. Era de infinita prolongación, repetido, salvo uno que otro arroyo o aguada; allá encontró algunos indios que no le dieron problemas. Pudieron ver en la línea del horizonte pasar caballadas ariscas en medio de nubes de polvo, hecho que los dejaba sorprendidos. En su marcha llegaron hasta el mar del Norte, Atlántico. Los lugares son objeto de conjeturas en distintos historiadores, pero no hay certeza de los límites que alcanzó Garay y su gente, aunque como dato sólo existe la propia afirmación del mismo que dice haberse alejado "más de sesenta leguas del puerto de Buenos Aires..." (54). De esta exploración obtuvo algunas informaciones sobre el territorio del sur, a las faldas de la cordillera. Regresó a Buenos Aires en enero de 1582. De allí se fue a Santa Fe, desde donde ordenó el empadronamiento de indios, para el otorgamiento de encomiendas.

A mitad de 1582 se trasladó a la Asunción, capital de su gobernación, donde puso freno al libertinaje y fechorías de buena parte de los pobladores. Sus bandos se hicieron famosos por la severidad de los castigos contra los jóvenes, convertidos en amenaza y peligro a la tranquilidad del común (Julio de 1582). Autorizaba, entre otras cosas, a matar a quien invadiera corrales o casas, más si en ellas habitaban mozas con sus padres. Por otro bando evitó la despoblación de Santa Fe, obligando a residir en ella a quien tuviera condición de poblador.

IX

Tanto el padre Juan de Rivadeneyra como el joven Alonso de Vera, sobrino de Torres de Vera y Aragón, habían llegado a España. Este último inició las gestiones ante el Consejo de Indias para lograr el reconocimiento de los derechos al adelantazgo de su tío. Al pedírsele que probara que se habían cumplido las provisiones, tuvo que regresar al Río de la Plata para lograr esos testimonios. El Consejo se mostró amistoso.

Alonso de Vera compró una nave pequeña y en ella, otra vez con el padre Rivadeneyra y numerosos frailes que iban al Río de la Plata en afán catequista, hizo la travesía. A estas gentes se sumaron otras: el capitán Antonio de Torres Pineda, que ayudó a la adquisición del navío y además del piloto portugués Juan Pinto, varios pobladores, el barco tuvo un percance, cerca de Espíritu Santo. En ese punto el padre Rivadeneyra abandonó a sus compañeros de viaje y consiguió un pequeño velero en el que prosiguió con dieciocho frailes, sin sospechar lo que le esperaba más adelante. Entre tanto Alonso de Vera logró reflotar su nave y siguió su ruta llegando a Buenos Aires el mes de enero de 1583.

El padre Rivadeneyra llegó, atrasado por cierto, a Río de Janeiro en cuya bahía había recalado una gran flota española a órdenes de Diego de Flores Valdés y en la que viajaba el nuevo gobernador de Chile don Alonso de Sotomayor, con quinientos hombres de tropa bien pertrechada. En noviembre de 1582 hizo velas hacia el estrecho de Magallanes. Sumó a ella el velero de los frailes pero no pudo seguir sino un corto trecho para separarse finalmente. Llegó a Santa Catalina y de allí siguió al Río de La Plata. En esas estaban cuando les apareció un patache de ingleses, que pertenecía a un grupo de piratas de la reina Isabel I, al mando del corsario Edward Fenton. Hechos prisioneros después de una intimación para que se rindieran a

nombre de su soberana, sólo perdieron algunos bastimentos. Después de algunos días se liberaron para seguir su travesía.

Los piratas estaban de merodeo por las costas del estuario. Drake, sobrino del conocido filibustero se separó por discordias probables con Fenton e internóse en el Río de La Plata para luego encallar y caer prisioneros de los indios charrúaús en la costa del Uruguay. Al año lograron huir algunos con Jhon Drake, en una pequeña embarcación y llegar a Buenos Aires donde fueron nuevamente apresados.

La gran flota de Diego Flores Valdés al no poder cruzar el estrecho, regresó a Buenos Aires. Un temporal en el estuario produjo destrozos en la armada perdiéndose algunas naves. Ante esta contingencia decidió que a cargo de las tropas en tres barcos fuera a Buenos Aires don Alonso de Sotomayor para proseguir viaje a Chile por tierra. Volvieron a encallar al llegar y se perdieron dos naves, muchas vituallas y cañones, salvándose la gente.

Soto mayor dispuso que con lo que le quedaba, sus tropas al mando de su hermano don Luís fueran hasta el Río Carcaraña. La impedimenta la envió en carretas a las órdenes de Francisco de Cuevas. El embarcó en un bergantín rumbo a Santa Fe, donde iba a pedir auxilios a Garay.

En febrero de 1583 llegó a Santa Fe. Fue recibido afablemente por Garay, quien para ayudarlo abandonó los preparativos que estaba haciendo para reanudar exploraciones en la llanura, y dio todas las facilidades que pudo a Sotomayor, quien con pequeña escolta prosiguió viaje a Chile, no sin antes encontrarse con su gente, en el paso del Carcaraña.

De cualquier manera que se discuta por algunos, Garay se encontraba en Buenos Aires el 9 de marzo de 1583, fecha en la que signa la carta que dirigió al rey de España. De ello se ve que Soto mayor adelantó su viaje a Chile, seguramente Garay le dio facilidades, pero no tenía por qué amarrarse a la partida del gobernador de Chile. Esto es importante, porque en el viaje de Garay desde Buenos Aires a Santa Fe, de regreso, es cuando se produce su muerte y la de quienes le acompañaban. No hay certeza de la fecha de la tragedia. La mayor parte de los historiadores se basan en la versión de la carta del tesorero Montalvo, citada por Groussac, que dice: "cuando aportó aquy larmada de don Alonso de Sotomayor, governador proveído por vuestra magestad para Chile, y así como se fueron, el general Juan de Garay en un vergantín se suví a la ciudad de Santa Fe y cuarenta leguas de aquy quysó entrar en el navío por una laguna pareciéndoles que atajaba camino, y boxando toda la laguna al rrededor, no halló salida; bolvió por donde avia entrado y era ya puesta de sol, acordó ranchear a la voca donde los estaban mirando como asta quarenta indios que avitaban por ally y como los vieron entrar por aquella laguna entendieron ser chapetones venidos despaña, y como los vieron pasar ally y todos en tierra durmiendo y muy descuydados y desnudos porque le avian dicho al jeneral soldados que yvan ally de los de Chile que yciesen centinela, respondió: estos yndios tengo los yo muy sujetos y me temen: pueden estar tan seguros aquy como en Madrid, a donde en el primer sueño dan en ellos y matan al primero al jeneral, sin poder decir dios valme, con una macana, de que murieron ally quarenta personas y un frayle francisco y los tuvieron ganado al vergantín". (sic) ⁽⁵⁵⁾.

Así brevemente queda relatado el fin de Juan de Garay, caudillo, soldado de los buenos, gran gobernador. Hombre de pro y todo un hidalgo. Sus hazañas y virtudes, su vida ejemplar y llena de buenos destinos, es truncada por el sino que por lo general sigue a los grandes conquistadores de América.

NOTAS

- 1) Diego Fernández, "Palentino": Historia del Perú".- Biblioteca de Autores Españoles,- Colección Rivadeneyra.- Tomo 164. Pág. 7,
- 2) Paul Groussac: ..Mendoza y Garay".- Buenos Aires, 1916, Págs. 91.103.
- 3) Fernández, "Palentino"; ob. Cit.
- 4) Gonzalo Fernández de Oviedo: "Historia General y Natural de Indias",- Biblioteca de Aut, Esp.; Tomo 118, Pág. 68.- Madrid. 1959.
- 5) Fernández, "Palentino"; Ob. Cit. Págs. 12, 17,
- 6) Ibidem; Págs. 9, 12, 118.

- 7) Ibid. Págs. 12, 118.
- 8) Ibid. Págs. 18, 19, 118.
- 9) Ibid. Págs. 33-54.- Pedro Gutiérrez de Santa Clara: "Hist. Guerras Civ. Perú".- Col. Riv. Tomo 165, Cap. XXXIX, Pág. 248.- Madrid, 1963.-
- 10) "Palentino", Ibid.; Págs. 33.54.- Santa Clara; Ibid. Cap. XLI.
- 11) Gutiérrez de Santa Clara; Ob. Cit. Págs. 19'-195; Cap, XLIV, Pág. 262.
- 12) "Palentino"; Ob. Cit. Cap. XXII, Pág. 39.
- 13) Santa Clara;; Ob. Cit. Cap. XLVI, Pág. 270.
- 14) Santa Clara; Ob. Cit. Cap. XLVII, Pág. 275.- "Palentino"; Ob. Cit. Cap. XXIII, Pág. 40.- Más Santa Clara; en Cap. XLVII, Págs. 272 -274. (Tom. 165).
- 15) Groussac; Ob. Cit. Págs. 243-247.
- 16) "Palentino"; Ob. Cit. Cap. XXV, Pág. 45 (T. 164, Col. Riv.).
- 17) Ibidem; Cap. XXVIII, Pág. 49.
- 18) Santa Clara; Ob. Cit. Lib. II, Cap. VI, Pág. 310.
- 19) Juan María Rubio; "Exploración y Conquista del Río de la Plata" en "Historia de América"; Ed. Salvat. Barcelona -Buenos Aires, 1942; Tomo VIII, Pág. 386.- Groussac; Ob. Cit. Pág. 212.- Enrique de Gandía: "Donde nació el Fundador de Buenos Aires".- Buenos Aires. 1927. Pág. 15.
- 20) Enrique de Gandía. "Historia del Gran Chaco, en Rubio, Ob. Cit. P. 337.
- 21) Groussac; Ob. Cit. Pág. 247 Rubio; Ob. Cit. P. 338.
- 22) Luís Capoché: "Relación General del Asiento y Villa Imperial de Potosí y de las cosas más importantes a su gobierno. Bib. de Aut. Esp. Tomo 122, Págs. 75-77. Madrid, 1959.
- 23) A tiempo de escribir Capoché su "Relación" (1585) ya se había refundado Buenos Aires. Sin embargo debemos ver en su obra las condiciones de los primeros tiempos de Potosí, cuando Garay andaba por esa villa (P. 75).
- 24) Ibid. Ver prólogo de Lewis Hanke, Pág. 9.
- 25) San Juan de la Cruz: "Avisos y sentencias espirituales".- Col. Rivadeneyra, Tomo 27. Pág. 257, N. 276.- Madrid, 1948.
- 26) Groussac; Ob. Cit. Pág. :-14.- Sobre el parentesco de la familia del oidor Zárate con el futuro Adelantado Ortiz de Zárate. ver Págs. 215 Y 216, *infra*.
- 27) Ibidem; Pág. 222.
- 28) Ibid. Pág. 214, ver notas *infra*.
- 29) Carta de Irala, fechada en Asunción en 24 de julio de 1555.- Ver en Groussac, Ob. Cit. Pág. 268, *infra*.
- 30) Rubio; Ob. Cit. Págs. 246.247.
- 31) Archivo de Indias, 75-5-9.
- 32) Rui Díaz de Guzmán: "Historia Argentina del Descubrimiento, Población y Conquista de las provincias del Río de la Plata". Colec. Angelis, T. I.
- 33) Ibidem.
- 34) Groussac; Ob. Cit. Págs. 288. 289.
- 35) Salazar viajó con Cháves a Lima y no quedó en la Nueva Asunción, como lo prueba Groussac frente al asercionalismo de Rui Guzmán y el criterio posterior de Lozano.- Ver *infra* en Groussac, Ob. Cit. Pág. 289.
- 36) Ibidem; Pág. 291.
- 37) Ibidem; Págs. 299-300.
- 38) Rómulo de Carbia: "Manual de Historia de la Civilización Argentina", Pág. 359.- Rubio; Ob. Cit. Pág. 307.
- 39) Groussac: *Anales*, Tomo X, documento VI.- Del mismo, en "Mendoza y Garay", Pág. 318; ver *supra* e *infra*.
- 40) Alvar Núñez Cabeza de Vaca: "Comentarios", Bib. de Autores Es- pañoles, Tomo 22, Cap. XXXIV, Pág. 567.- Madrid. 1946.
- 41) Groussac; Ob. Cit. Págs. 324, 330.
- 42) Carta de Juan de Garay de 20-IV-1582, Rubio; Ob. Cit. Págs, 341- 342. Cita el autor a Salaberry en sus "Churrúas y Santa Fe".
- 43) Rubio; Ob. Cit. Págs. 349-350.
- 45) J. M. Rubio; Ob. Cit. Pág. 344.
- 46) Ibidem; Pág. 363 (ver notas).
- 47) Ibidem; Pág. 366.
- 48) Groussac; Ob. Cit. Pág. 427.
- 49) Ibidem; Pág. 437 (ver nota *infra*).
- 50) Ibidem; Pág. 453.- Rubio; Ob. Cit. Pág. 371.
- 51) Groussac; "Anales de la Biblioteca" Tomo X, Pág. 117.
- 52) Eduardo Madero: "Historia del Puerto de Buenos Aires".- Buenos Aires 1892.- Pág. 206.
) N. del A.- La primera fundación del *Puerto de Nuestra Señora Santa Marta del Buen Aire*, se realizó -posiblemente- el 2 de febrero de 1536, por el adelantado Don Pedro de Mendoza, en un paraje del Riachuelo de los Navíos, sobre la margen derecha del Río de La Plata.- Más tarde, el gobernador interino Domingo Martínez de Irala, el 16 de abril de 1541, ordenó, mediante un bando, el despoblamiento de Buenos Aires.
- 53) Groussac.- Ob. Citada. Pág. 480.
- 54) Carta de Caray a S, M.. Santa Fe. 20 de abril de 1582,
- 55) Groussac: "Mendoza y Garay".- Pág. 531.